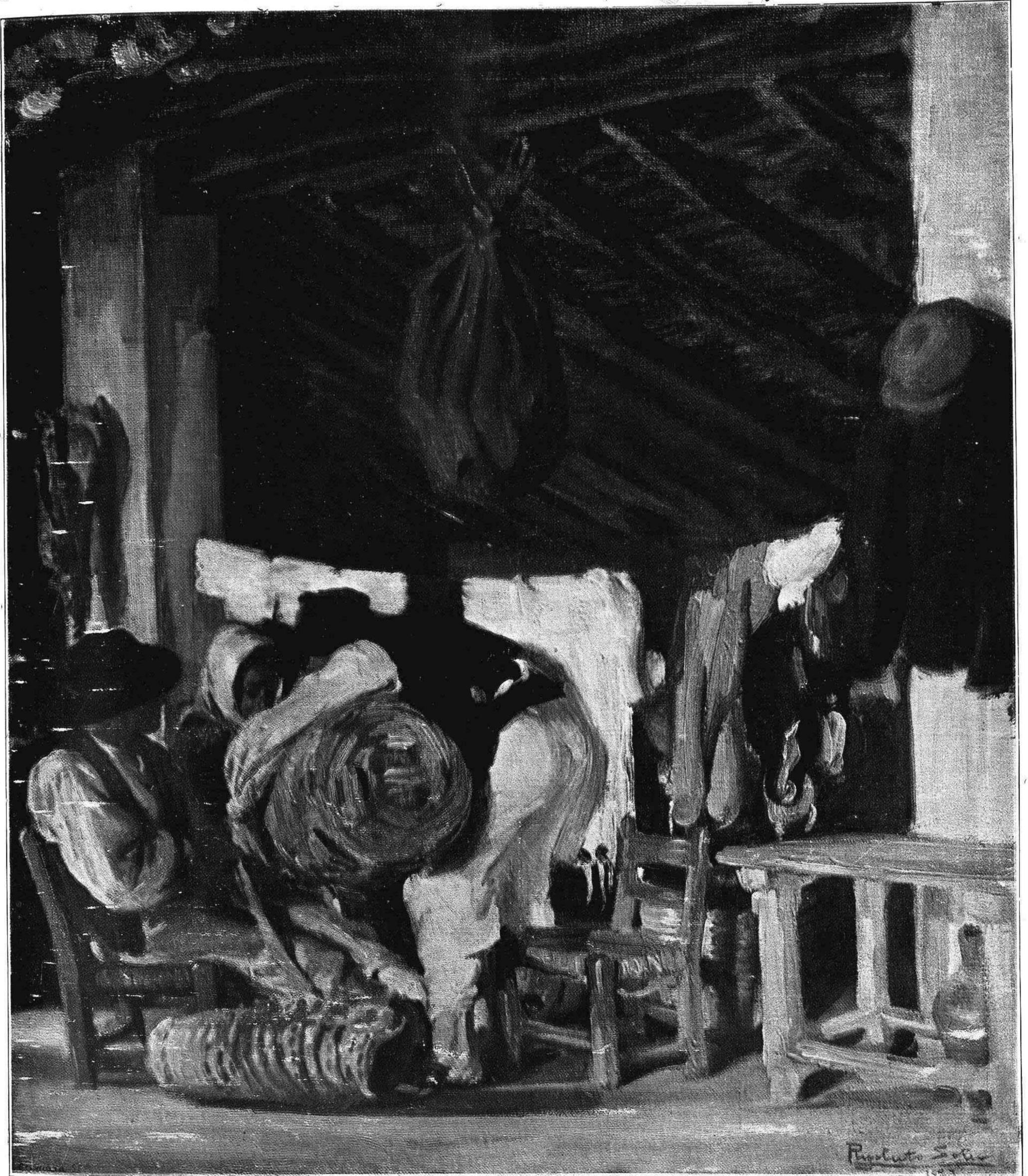


La Esfera

Año X • Núm. 505

Precio: Una peseta



HACIENDO CAPAZOS, cuadro de Rigoberto Soler

El día 10 del presente
mes de Septiembre
se pondrá á la venta

EL JEFE POLÍTICO

(VIDA Y MILAGROS DE UN PÍCARO REPRESENTATIVO
DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA)

Sensacional novela de 300 páginas,
escrita por

“El Caballero Audaz”

Es conveniente que los corresponsales
hagan sus pedidos con anticipación á

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

BANCO GUIPUZCOANO SAN SEBASTIAN

Capital: 25.000.000 de pesetas

Cuentas corrientes en pesetas, francos, libras, marcos, etc. —
Giros. — Ordenes de Bolsa. — Cambios de monedas. — Cartas
de Crédito. — Depósitos y toda clase de operaciones de Banca

DEPARTAMENTOS DE CAJAS DE ALQUILER

Horas de Caja: de 9 1/2 á 1 y de 3 1/2 á 5 de la tarde

SUCURSALES EN

Azcoitia, Azpeitia, Cestona, Deva, Eibar, Elgoibar, Irún,
Mondragón, Oñate, Oyarzún, Pasajes, Rentería, Tolosa,
Villabona, Vergara, Villafranca, Zarauz, Zumaya y Zumárraga

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida

HOUBIGANT

Paris

POLVOS DE ARROZ

con los aromas siguientes:

QUELQUES FLEURS

LE TEMPS DES LILAS

LE PARFUM IDEAL

LA ROSE FRANCE

UN PEU D'AMBRE

COEUR DE JEANNETTE

ETC.



Está á la venta el
número de este mes
de la hermosa Revista

ELEGANCIAS

Suma y compendio de la
novedad y la distinción
Precio del ejemplar: 3 ptas.

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO

DELGADOSE

PESQUI



No perjudica á la
salud. Sin yodo, ni
derivados del yodo,
ni thyroidina.

Composición
nueva, desaparición
de la gordura
superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio “PESQUI”.
Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

¿Es Ud. fabricante de mercancía anónima?

Entonces Ud. es la víctima en todas las crisis económicas, el escogido por comerciantes poco escrupulosos, acaparadores y saldistas para obtener mercancías á bajo precio.

Sacrificar los precios hasta suprimir la utilidad, soportar una constante competencia, cuesta más disgustos y más dinero que desarrollar las ventas por medio de una campaña de propaganda juiciosa dirigida al público.

Una marca acreditada vale un tesoro

constituye la independencia económica del fabricante, disminuye el esfuerzo, regula el costo de producción y normaliza las ventas. Convierte, en fin, al industrial en dueño de su industria.

Lo que gaste en PUBLICIDAD es capital que le producirá seguros rendimientos.

Pida datos y presupuestos hoy mismo á

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

Publicidad en todos los diarios, revistas, almanaques, anuarios, etc. del mundo entero.

Ideas nuevas y originales para anunciar. Distribución, Administración, Redacción, Planeamiento y Edición de toda clase de Publicidad. Talleres de arte comercial.

Organización á la moderna

montada con todos los medios que exigen los novísimos métodos para una

Publicidad de seguros y positivos resultados

MADRID

Avenida Conde Peñalver, 13, entl.
Apartado 911.—Teléf.º 61-46 M.

Estudio «HELIOS»

BARCELONA

Ronda de San Pedro, 11, pral.
Apartado 228.—Teléf.º 14-79 A.

Estudio «FAMA»

¡Qué panorama más hermoso!
¡Qué cuadro más admirable!
¡Quién tuviera un KODAK!

Cuántas veces habrá usted hecho estas exclamaciones durante sus excursiones por el campo o sus paseos por la orilla del mar. Y es que el complemento de todo deporte al aire libre, de toda excursión y de todo viaje es un

Kodak

Como usted, muchos millares han pensado en la necesidad de un Kodak y lo han adquirido.

Adquiera usted el suyo hoy mismo.

Unos minutos son suficientes para aprender su manejo, y todas las operaciones se hacen en pleno día.

Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID: BARCELONA:

PUERTA DEL SOL, 4 FERNANDO, 3
GRAN VÍA, 23 PASEO DE GRACIA, 22

SEVILLA:

PLAZA DE LA CAMPANA, 10



H-9. LA VIDA ES UN ENCANTO CON UN KODAK



MUY INTERESANTE
NUEVO MODELO
de máquina de escribir

CORONA

Carro más grande, cambio de cinta automático,
doble conmutación.
Teclado universal.

Al contado:

550 pesetas

incluyendo accesorios, garantía, etc.

AGENTES EN TODA ESPAÑA:

GASTONORGE, C. A. - Sevilla, 16. - MADRID

Rogamos á nuestros corresponsales, subscritores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL

ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



LA CADENA

por

JOSÉ FRANCÉS

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

DÍAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE

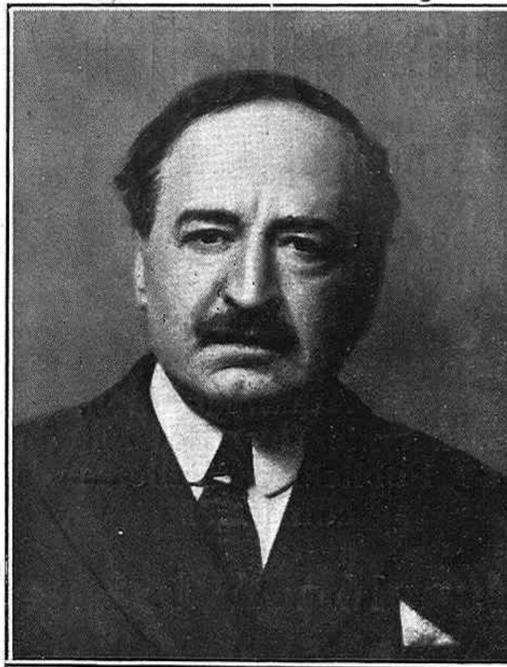


Un retrato elegante
y de buen gusto es
el obsequio más es-
timado para los se-
ñores queridos

Ampliaciones, reproduc-
ciones y todo cuanto se
relaciona con el arte
fotográfico



FERNANDO VI, 5
MADRID



Vicente

Blasco Ibáñez

La Reina Calafia

Es una novela de amor, interesante, conmovedora y al mismo tiempo una revelación de hazañas españolas, desconocidas hasta el presente.

En **La Reina Calafia** ha llegado Blasco Ibáñez á la más completa y brillante expresión de sus facultades de novelista insigne, gloria de España y célebre en todo el mundo.

Primera tirada de la novela: 40.000 EJEMPLARES

CINCO PESETAS en todas las librerías

La Esfera

Año X.-Núm. 505

Madrid, 8 Septiembre 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



En la penumbra del paisaje, envuelto ya casi en el regazo negro de la noche, la luz que arde tras la ventana de la casuca parece una de esas luces misteriosas que se encienden en los cuentos infantiles, cuando un caminante se perdió en la espesura del bosque y oyó, á lo lejos, un medroso aullar de lobos... Ante la casa, que recuerda las de las ingenuas estampas de Nacimiento, los pinos alzan la silueta esbelta de sus troncos finos, coronados por las copas negruzcas, semejantes á cálices enormes. El viento leve que corre por el paisaje agita suavemente las hojas de los románticos árboles, que se estremecen en un blando frufurú. Y ese débil rumor que los dedos invisibles del viento arrancan en el arpa obscura de las hojas, parece como un verso del poema romántico de los pinos, de estos pinos "hermanos en alma y ambiente", que cantó el verbo magnífico de Rubén...

DIBUJO DE SIMONET CASTRO

EL MUERTO DE ACTUALIDAD

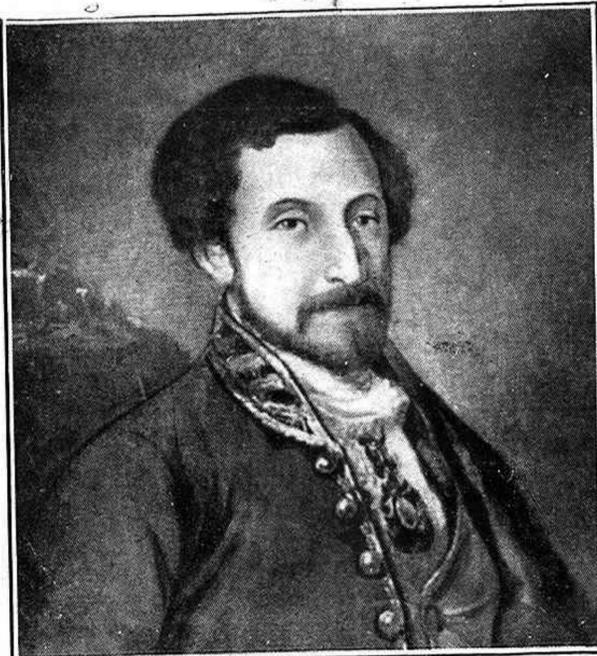
DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

SE están llevando de Madrid todos sus muertos ilustres, y eso debía de plantear la discusión de si pertenece de derecho á la ciudad que lo admitió en su seno el muerto ilustre al que no reclamó á tiempo su familia, ó que no dejó escrito su deseo de descansar en otro cementerio.

Esta irradiación de muertos suprime á la capital una de las cosas que la caracterizan, siéndolo quizá porque atesora los más ilustres muertos de toda España. Quizá los mismos muertos de otras regiones están satisfechos de vivir junto á los hombres que se destacan en la literatura, en el arte y en la política, recibiendo más á menudo su visita que la recibirán ya en el cementerio provinciano. De consultarles, les parecería un traslado triste, como reputa el traslado de Madrid el empleado que había tenido la suerte de estar establecido en la Corte. Van á ser de nuevo agasajados por la publicidad y los cortejos oficiales; les van á hacer un recibimiento suntuoso; pero van á quedar apartados, arrinconados, lejanos. Entre las cosas por las que lucharon indudablemente, fué para tener panteón en Madrid.

A veces puedo equivocarme, y en el caso actual que me ha hecho escribir este prólogo, D. Nicomedes Pastor Díaz esté encantando con irse al Vivero—¡estos gallegos son tan nostálgicos!—; pero yo creo que hay que estudiar el caso para que no se queden los cementerios sin esa pléyade de muertos ilustres que logra dar interés de gran capital á los cementerios centrales. ¡Bueno sería que todas las regiones francesas se hubiesen incautado de los muertos que tan profundos y emocionantes hacen los cementerios de París, y que casi ninguno es de París!

El muerto que nos extraen y nos desarraigan ahora es D. Nicomedes Pastor Díaz. Fiestas de cinco días se preparan con motivo de su exhumación en los primeros días de Septiembre. Va á haber discursos, intervenciones clericales, y, por fin, una jira por el Landro, en que los excursionistas verán pasar por entre los árboles la ráfaga espiritual del grande hombre que tra-



DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

jeron de Madrid ya reintegrado á sus valles natales.

Don Nicomedes Pastor Díaz, siempre que aparece en la historia de su tiempo, aparece con una figura despejada, comprensiva, caballerosa, y su elocuencia y su política están impregnadas de una suave poesía, que le queda como manantial inagotable del Vivero originario.

Siempre figura en su vida pública también la primera intención, aquel arrebató literario de cuando llega á Madrid y, tertuliano de Vega, Espronceda, Larra, Estébanez Calderón, siente la predisposición á ser literato. Quintana le protege; pero la necesidad de un destino que proteja su vida le lleva á ser empleado provin-

ciano y á que politiquee, y que, ya puesto á intrigar, ambicione los altos puestos.

Siendo ministro un hombre de chocante apellido y presencia, que no sé por qué nos resulta siempre curiosa y risueña, el Sr. Pita Pizarro, D. Nicomedes Pastor Díaz se destaca como autoridad, y de ahí parte su auge.

Es figura influyente en periódicos de la época, y hasta funda con Ríos Rosas y Tassara un diario titulado *El Sol*, que es precursor en la Prensa española de *El Sol* actual.

Su oratoria tiene una nota conmovedora, en que palpataba el poeta, y que cada vez le hace mayor figura parlamentaria.

En medio de su política y de sus polémicas contra el socialismo, escribe poesías evocadoras y arborescentes, y hasta novelas como *De Villahermosa á la China* y *La Cita*.

Llega su hora ilustre y serena de ser representante de España por el mundo, y se radica en Lisboa, de cuyos paisajes y fabla comprende el sentido y la saudade. Allí se rodea de simpatías y amistades.

El ser llamado á Madrid para desempeñar la cartera de Gracia y Justicia le arranca de Lisboa, y, requerido por la Reina, lanza sus más briosos discursos contra la incertidumbre religiosa del siglo. Atacado por la fatiga de su hipertrofia del corazón, renuncia al cargo de ministro, y al mes muere, pobre, romántico y caballero.

Esta es la historia somera de este patricio ilustre, que no pierde las características de bondad y espontaneidad que caracterizan al buen conquistador gallego. Un fondo elegiaco y crédulo humedece sus poesías y hasta su actuación política.

Este es el lírico político, el poeta romántico que el tren se llevará de Madrid en el furgón engualdrapado, haciendo el viaje interminable á Lugo, en ese final de verano que tan tristes y elegiacos pone aquellos parajes.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

ESPAÑA MONUMENTAL

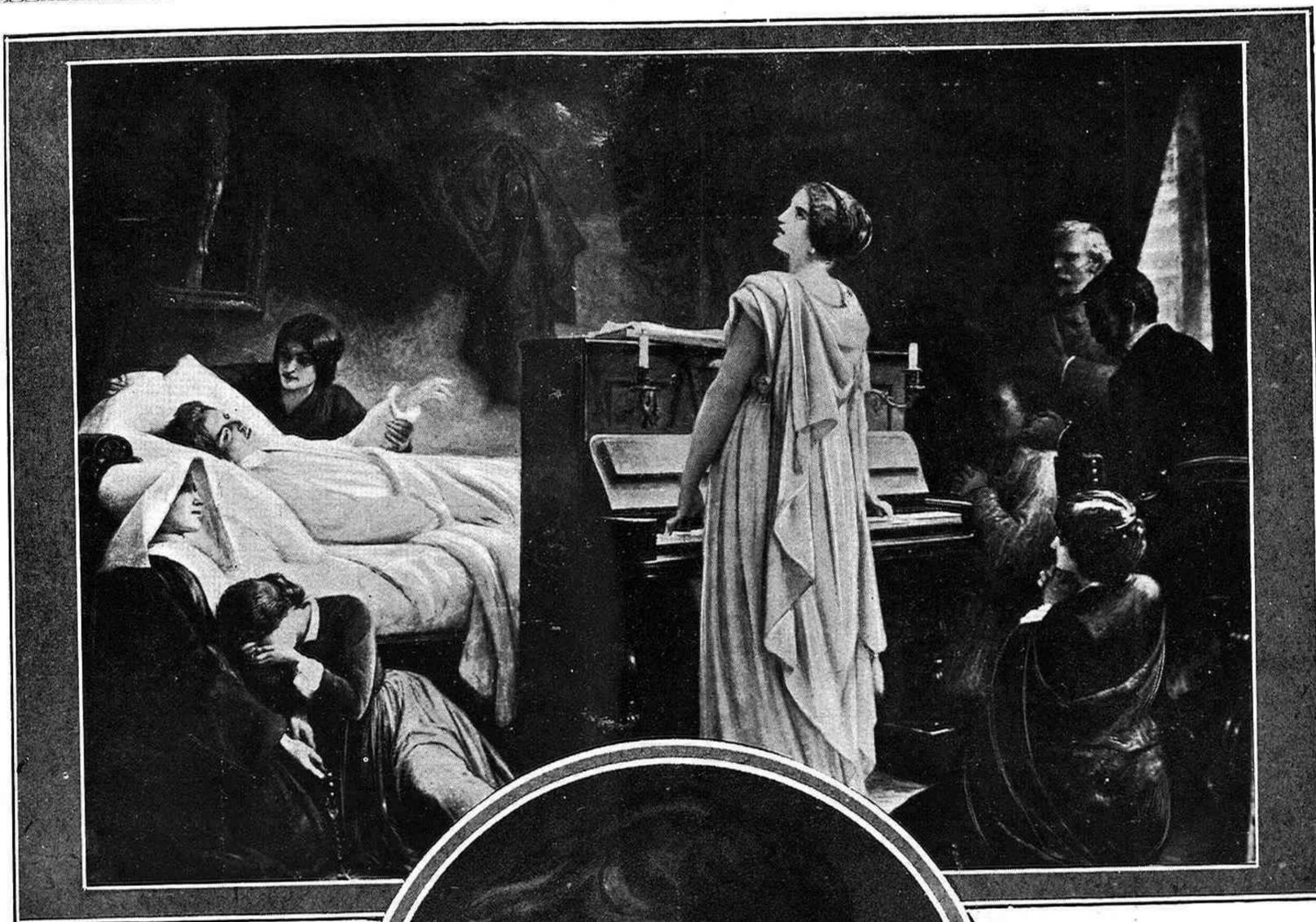


Haro. — Bella portada de la iglesia de Santo Tomás



Haro. — Portada de una casa particular

FOTS. VIVES



PARÍS

La exhumación de las cenizas de Chopin

Las cenizas de Chopin, que desde hace tres cuartos de siglo descansan en su florido sepulcro del Père-Lachaise, van á ser trasladadas á Varsovia.

A semejanza de los nuevos ricos, la nueva Polonia, que no es hija de sus obras, quiere ennoblecerse con el recuerdo de glorias familiares más ó menos lejanas. Chopin fué, entre esas glorias, una de las más altas; pero casi toda la vida de arte, de amor y de dolor del «poeta de la música» no fué vida de allá, sino de acá; no transcurrió en Varsovia, sino en París.

Federico Chopin debería seguir durmiendo, por lo tanto, en ese sepulcro del Père-Lachaise que desde hace setenta y cuatro años es lugar de peregrinación para las mujeres de todos los países del mundo, y que durante ese tiempo no vió llegar una sola noche sin quedar amparado bajo un manto de flores, como en eterna primavera de la tierra encantada por la magia del amor...

Chopin nació el 22 de Febrero de 1810, en Zelazowa-Wola, junto á Varsovia. Su padre, de origen lorenés, era preceptor del hijo único de la condesa Skarbek. Su madre, Justina Krzyzanovska, era polaca.

Niño prodigio, Chopin daba ya conciertos á los ocho años; á los diez y siete llevó á cabo su primera excursión por Europa, y en Noviembre de 1831 salió de Varsovia para no volver.

Llegó á París, y sufrió la desilusión que á todo artista causa la vulgaridad cosmopolita del boulevard. Pero no tardó en conocer y amar al París verdadero y un poco hermético de las aristocracias: aristocracia del talento, aristocracia de la sangre, aristocracia del dinero.

Chopin había ganado una pequeña fortuna durante sus viajes, entre 1827 y 1831; esto le permitió instalarse en París con cierto boato. Vestía con gusto y cuidado exquisitos. Enjoyaba sus manos con antiguos y preciosos anillos, y las cubría siempre, en la calle, con nítidos guantes blancos. Sus capas, sus bastones, sus corbatas eran copiados por los devotos de aquella romántica elegancia del tiempo, que tan bien cuadraba con el tipo delicado y el carácter soñador de Chopin.

De tal modo, aquel artista que á su talento prodigioso unía la juventud de sus veintiún años, una gran belleza física y una insuperable distinción, vió abrirse, para recibirle con todo honor, las puertas de los salones menos asequibles del faubourg Saint-Germain y del faubourg Saint-Honoré. A poco de llegar, Chopin era ya el hombre de moda en París, y



Chopin, á los treinta años

glor... Y sobre esa funesta influencia ejercida á distancia por la madre Patria; sobre ese inolvidable recuerdo—un legajo de cartas de la Wodzinska hallado entre los papeles de Chopin después de su muerte—escribió el «poeta de la música» el siguiente epitafio, que lo era de su vida sentimental:—*Moja brenda!*—*¡Mi desdicha!*...

Buscando olvido para tan mal amor, Chopin tuvo amoríos breves, entre los que sobresalieron sus relaciones con la condesa de Agoult y con Juana Stirling. Más tarde, hacia 1838, comenzó su lamentable *liaison* con George Sand: una convivencia sin cariño y sin comprensión mutuos, que duró diez años por la fuerza de la costumbre y que acabó en 1847, cuando ya el maravilloso pianista, vencido por la tisis laríngea que padecía, no era más que una ruina.

Los dos últimos años de su vida fueron de infinita amargura. El 17 de Octubre de 1849, á la caída de la tarde, Chopin se sintió morir. Comprendiendo que no vería lucir el sol del día siguiente, quiso expirar entre sus devociones de arte y sus humanos afectos. Hizo llamar á sus amigas del alma y á sus amantes. Las amigas acudieron. Las amantes, no.

Acompañaron al moribundo aquella noche la princesa Potoka, la princesa Marceline de Vienne, la princesa Czartoriska, madame Solange Clésinger y Gutman, el discípulo predilecto.

Pero antes del alba, Chopin rogó á la princesa Potoka que le cantara el «Salmo» de Stradella. La princesa, ante el piano, cantó reprimiendo sus sollozos. Las otras damas lloraban también, de hinojos, reclinadas sobre el lecho. Cuando la voz de la princesa Potoka se extinguió con la última nota del «Salmo», Chopin había muerto...

Poco antes del alba, Chopin rogó á la princesa Potoka que le cantara el «Salmo» de Stradella. Cuando la voz de la princesa se extinguió con la última nota del «Salmo», Chopin había muerto.

así comenzó para el gran músico aquel camino triunfal que debió ser de perfecta ventura, y que, por obra de la fatalidad, fué de implacable sufrimiento hasta la muerte...

Federico Chopin, que inspiraba pasiones avasalladoras á las mujeres más bellas y solicitadas del París de entonces; Federico Chopin, á quien sus admiradoras recibían en salones cuyas alfombras habían sido previamente cubiertas con pétalos de rosas; Federico Chopin amó con pasión desgraciada á una mujer que jamás quiso ser suya. María Wodzinska, la polaca dominada por el atavismo bárbaro de un espíritu de casta, desdeñó siempre al artista en quien no acertaba á ver sino al ju-

ANTONIO G. DE LINARES



MARTÍ
ORBERA

DECORACIONES
DE
ARISTOTE
TELLEZ

La espía

A la memoria de la pobre
"muñer fatal" Mata Hari.

ERA una chinita menuda y blanca igual que un armiño; los dientecillos como granos de arroz y en cada mejilla un pétalo de rosa. ¡Una linda muñeca!

Y una muñeca semejaba con su kimono—flor celeste en que se perseguían áureos dragones espantables—pasando el alambre á saltos de gorrión, las fulgentes piedras de sus ojos en el techo estrellado del circo, la sonrisa inmóvil... Y cuando, doblando el tallo en una reverencia colegial, respondía al aplauso del público: «Merci, merci».

Porque mi chinita era parisién; no había visto su país más que en los abanicos y en las cajas de laca y en los biombos multicolores de su tocador. La madre, animalito de lujo allá en Pekín, dejó su patria por seguir á un bello tuno, un agregado de Embajada; jugando al amor vino á Europa, y de su juego nació esta niña. Al darla á luz se rompió el resorte de su vida: el gracioso animalillo cantarín y dulce como un ave quejóse con la queja del pájaro herido en su vuelo y abatió la frente... Toda su fortuna quedó para la nena; es á saber: su risa, las esmeraldas de sus ojos y la afición á los juegos de amor con diplomáticos.

El padre Budha dispuso que mi chinita, á los diez y seis años, conociese al blondo Max, barón de Pilsen, de la Embajada germana, quien la retiró del circo para meterla en una dorada jaula, una cosa de encanto. Max, seriote y grave como un doctor de Gotinga, amaba la risa, el trino de plata de «madame Colibrí» (así nombraba á su amiga). La nena dejábase querer y

roía marrones y billetes; «madame Colibrí» se alimentaba de flores, de confites y de sueños. Su villa era una *serre*; mejor diré una linda pajarrera; allí convivían aves y crisantemos y escarabajos de fuego que en la noche ardían como astros, como piedras preciosas... Feliz entre sus amigos, la chinita reía—la risa era el lenguaje de esta criatura—, reía siempre, y Max, el gesto perfectamente inmóvil, sentado como Budha, fumaba silencioso siguiendo los giros de la mariposa...

¡Oh! ¡La gran tristeza de «Colibrí» era no poder traer allí mariposas!... Una vez, una primavera, del Oriente azul vino para ella la felicidad: un enjambre de maripositas, todo un mundo feérico, espíritus de luz, flores aladas, cachitos de iris bullidores... Aquel día—el del regalo—amó al barón más que nunca; pero por aquella que fué la ventura mayor de su vida conoció la pena; vino el otoño y una mañana gris de niebla y frío halló su jardín despoblado... Así supo «Colibrí» que en el mundo existe un espíritu tenebroso que entra en los corazones y muerde en ellos y hace llorar: el dolor.

Max prometióle que á la otra primavera llevaría allá, á su patria, y volverían con su yate lleno de mariposas, de lotos, de pájaros fantásticos... «Colibrí», consolada de su desgracia, palmoteando, escuchaba al barón, que despaciosamente, á cada bocanada del cigarro añadía un nombre á la lista exótica de sus promesas. Ella pedía más. «Y monos..., y micos..., y cocodrilos...»

¡Uno solo! Un cocodrilito chiquitín, igual que uno que ella había visto en el circo, que no sabía morder y quedábasela mirando mucho rato, como si quisiese revelarle el secreto de la felici-

dad que había escrito Budha en los verdes jeroglíficos de su cuerpo... Max, benévolo, decía que sí, con una arruga en la comisura izquierda del labio, que era su modo de sonreírse.

¡Oh, la nueva primavera!... Pero la nueva primavera trajo la guerra. Un día «Colibrí», en lugar de la cotidiana visita del barón, recibió una tarjeta que decía simplemente: «Parto. Hasta luego.—Max.»

ooo

«Colibrí» no entendía la guerra. En su cabecita de pájaro no cabían estas cosas de justicia, derecho, etc... ¡Ni siquiera—¡pobre ignorante!—la idea de patria, esa idea que había determinado la hidrofobia entre los hombres! Ella no se atrevió á decir que aquello le parecía una gran barbaridad... Era raza inferior y mujer... «¡Tan bien que estábamos!», pensaba.

París luminoso, perfumado, alegre como un loco *jazz-band*, se apagó, diríase que se había muerto: de noche era su silueta como una inmensa tortuga negra; arriba, en el cielo, abríanse una flores de fuego, mariposas fúlgidas que vivían fugazmente y sembraban la muerte... La niña procuraba no pensar en aquello de la guerra, que la hacía estremecer como una pesadilla; pero la pesadilla no pasaba... Al fin sus nervios transigieron. Un día halló en la revista de modas unos bellos uniformes, elegantes, y se hizo de la Cruz Roja y cosió para los soldados...

Y otro día—¡oh, manes de Nick-Carter!—apareció Max; pero no el Max elegante *snob* de monóculo y gardenia. ¡Era un feo buhonero que la dió el gran susto! No se decidía á reconocerlo y llamó á *In-ho*, su perrito pekinés,

y le pidió opinión. *In-ho* ladró alegremente y Max comentó: «Tu perrito es el talento de la casa.» «Colibrí» pensó que decía verdad.

Max era del país enemigo y venía de incógnito. ¿A qué? «Colibrí» juzgó que á verla; ella no se asombraba nunca, como verdadera niña. Reía; pero Max le impuso silencio, condujola al *boudoir* y allí, teniéndola sentada en sus rodillas, habló, habló más que de ordinario; y como «Colibrí», escuchándole, riera, él la apretó el brazo hasta hacerla chillar, con un chillido de mirlo... Max la tapó la boca y siguió hablando, un poco pálido; la nena no reparaba en su palidez ni en el brillo de sus ojos y reía, reía, porque él la dijo una cosa lo más disparatadamente graciosa que pudiera imaginarse...

¡Y lo chistoso es que el barón ahora permanece grave; él no ríe, ni siquiera con aquella arruga de la boca que hace decir á «Colibrí» que, en su rostro, media cara se burla de la seriedad de la otra media!

ooo

El tren va arrastrándose como una serpiente en la noche blanca, de nieve.

«Colibrí» duerme entre pieles y flores como en un estuche; sobre el regazo tiene á *In-ho*.

¿Qué sueña la dulce criatura? Va al país de su amante; lleva una carta de presentación para un hermano de Max, banquero en Berlín; allá esperará á su amigo, y juntos, á la nueva primavera, harán su viaje á Oriente. ¡Su espíritu viaja ya por la patria maravillosa, vuela entre todos los encantos pueriles, amables, que desea su fantasía!...

Y sin embargo, su rostro está triste; la luz lechosa del *sleeping* pone una sombra dolorosa en sus facciones de muñequita cara. Se durmió del lado izquierdo y unos amuletos de su madre la oprimen el corazón.

El tren va parándose. *In-ho* abre un ojo y gruñe sordamente; parece toser... Todavía no se ha detenido el tren y ya han abierto la portezuela. Tres hombres grises, de casco y sable, penetran. Saben á quién buscan porque sin vacilación uno de ellos pone su mano en el hombro de la niña.

—Señorita...

—¿Cómo?

—Tenga la bondad de seguirnos.

Es una voz de mando, automática.

—Pero...

—Vamos,

—Pero, ¿se irá el tren?...

—¡Vamos!

«Colibrí» cree soñar. Toma sus pieles, toma á *In-ho*, le da un golpecito en el hocico porque ladra, tose furiosamente; sigue á los hombres grises como una sonámbula. A los tres pasos se detiene.

—¡Ah! ¡Mi equipaje!

—Lo tenemos, lo tenemos todo.

—¿Y mis flores?

—También vienen las flores. Vamos.

ooo

«Colibrí» ríe, ríe como nunca..., y no es para risas el momento, querida!

Unos hombres de sable, pobre gente sin se-

xo—porque la disciplina les prohíbe el sexo—, la despojan de su vestido, tocan, pringan, manosean las carnes blancas de la nena. La nena protesta, llora; pero sobre el sentimiento de miedo, de coraje, de rubor—rubor de mujer que siente violado el secreto de sus intimidades—triunfa su risa, vuela su risa como un ave de oro, cuando aquellos bárbaros, en la parte más carnosa y humilde de su personita, descubren..., ¿qué diréis?, unas rayas, un tatuaje, algo misterioso, inquietante...

—¿Qué significa esto, señorita?

«Colibrí» no podía hablar de risa.

—¡Ustedes verán, caballeros!

Era un capricho de su amor. Max había dicho que en tiempo de guerra era peligroso viajar con dinero, y allí había extendido el cheque y la carta de presentación para el hermano de Berlín. Acostáronla de bruces, y los caba-

cedido, y oprimiendo contra el pecho á *In-ho*, y hundida la carita entre sus flores, esperaba el instante...

Estaba muy blanca, como un nardo, pero reía siempre, ahora quedamente con el rumor de un arroyo... Pensaba que se había dormido de la parte del corazón y quería ver el fin de aquel sueño. Le dolían las manitas del cordel, le dolía la cabeza y cerraba los ojos. El oficial, al atarle las manos, con un trémolo en la voz, mirando sus pupilas de infante medroso, había dicho:

—Perdón. Es la ley.

Ella respondió sonriendo:

—Ya sé que es mentira, todo mentira. Despertaré...

Bajó los párpados y los abrió de nuevo y vió que el oficial decía algo en su tono automático, y luego sintió un ruido seco y un dolor agudo, un pinchazo como una vez que le picó una avispa el dedito; pero esta vez la avispa picaba en el corazón... Fué un segundo. En seguida, la paz.

Y sonrió... ¡Ya sabía ella que todo era mentira!

ooo

Era como si el cielo fuese cambiando sus velos. Primero fué un campo rojo; luego verde, con el verdor cristalino de los mares; luego era un cielo de luz inefable, dorada... Y su espíritu ascendía siempre como un aroma...

Llegó al paraíso de las aves y las flores; todo tenía un reposo de eternidad. El padre Budha estaba allí y la sonreía, mirándola con sus ojos oblicuos. La chinita llegóse, siempre oprimiendo contra el seno su perrito y sus flores; iba á contarle todo lo ocurrido; pero el Dios, que ya lo sabía, sin duda, mirándola con el gesto—la arruga irónica—de su amigo, sin decirle nada tomola de la oreja pálida y fina, la acercó á sí, alzóle la faldita, y allí, en el lugar del suceso, le dió dos azotes. La niña no sabía si llorar ó

reír; pero optó por esto y rompió en la risa más clara y grande del Universo. Budha, mirando hacia abajo, dijo:

—Esas buenas gentes siguen matándose.

—Juegan á matarse, señor; pero todo es de mentirillas.

—¿Y á ti quién te metió en tales belenes?

—Quería ver mi China, señor, que fué la tierra de mamá y de éste. (Este era *In-ho*, y le besó la cabeza.)

—Quieres á tu perro más que á tu novio.

—Aquél me engañó con su cheque; éste, no. *In-ho* es mejor que todos los hombres.

—¿Qué piensas de ellos?

—Los hombres creen en mentiras y, además, las dicen; pero no son malos los pobres.

Budha, paternal, dijo:

—Fuiste buena porque no odiaste, y tu alma ha sido como un perfume para todos. ¿Qué querías ser ahora?

—Yo querría ser flor; pero estoy bien aquí contigo.

El buen Budha besó á la chinita con el beso de la vida, y el talle de la nena trocóse en talle de flor: un blanco tulipán de cáliz dorado y bordes rojos.

El buen Budha plantó la bella flor al lado de otro tulipán que era su madre.

A *In-ho* lo convirtió en hombre, le dió un alma de guerrero y lo envió á la tierra para que conquistase y fuera dictador é hiciese perreiras...

Y luego Budha volvió á su silencio. A fin de poder dormir tapóse los oídos, porque hasta el Nirvana inmortal llegaba la gran batahola que abajo movían los humanos.

R. MARTI ORBERA

DIBUJOS DE ARISTO-TÉLLEZ



llos, los hombres del sable, una vez y otra inclinaban la cerviz y acercaban las narices para ver bien. La chiquilla, riendo, pateaba.

—¡Estese usted quieta!

—¡Que no me haga cosquillas ese señor de las barbas!

El de las barbas, que era miope, se incorporó para decir gravemente:

—Hay que sacar fotografías.

—¿De mí?...

Rompió en nuevas risas; era como si de su garganta escapase una bandada de golondrinas.

ooo

Y al amanecer, un grupo de soldados apuntaba con los fusiles el seno en flor de la niña.

La niña estaba muy pálida ahora; habíanla condenado por ser portadora de un secreto de guerra; al interrogarla qué podía alegar, dijo que *aquello* era una broma de su novio; al decirle que la broma iba á costarle la vida y si quería pedir algo, dijo que le devolvieran su perrito y le diesen también sus rosas, porque aquel lugar olía muy suciamente... Le fué con-

LA FAMILIA REAL ESPANOLA

UN RETRATO DE DON ALFONSO XIII



Artística fotografía, última hecha hasta ahora de S. M. el Rey Don Alfonso XIII por el ilustre artista Sr. Kaulak

RECOGIENDO LA HIERBA



Es bella la montaña; pero de una belleza un poco apagada, triste...



En las tardes ardientes, la labor agraria tiene esfuerzos de penitencia

TAL vez este paisaje de la Montaña tenga demasiada retórica.

Por eso los pájaros, que son cantores pero no poetas, huyen de estos lugares de demasiada fronda y poco grano, y van a la llanura de Castilla, donde la mies prometidora ondea.

Es bella la Montaña; pero de una belleza algo apagada, un poco triste.

Prados y maizales; bosques. Gama de verdes. Verdes de fino raso en las praderas; verdes oscuros de algodón en los árboles, que trepan por el monte ó marcan los cauces de los ríos; verdes metálicos en el maíz. La luz del sol no rebota en sus campos en áureos chispazos como en las mieses de Castilla. Resbala por los prados y se apaga en los bosques. Alguna vez arriba, en las cumbres, brilla la plata de las rocas; pero las rocas casi siempre se envuelven en las nieblas tristes.

Desde estas rocas, donde las nubes que pasan van desgarrándose, contemplamos el valle.

Es un lindo tapiz.

En él se mueven las figuritas humanas afanosas. Son mujeres, casi todas mujeres, las que trabajan. Hay algún viejo y unos cuantos chiquillos. Faltan los mozos.

Las mujeres siegan, rastrillan, hacinan la hierba; la cargan en los carros. Los carros marchan lentos por las callejas; los guían hombres de edad madura. No se canta. Faltan los mozos. Embarcaron; están en América, en el Norte.

Aquí dejaron solas a las mozcucas, a estas mujeres que recogen la hierba silenciosas, algunas

con el recuerdo de un rayito de la luna de miel, que se apagó en seguida. No están los jóvenes maridos, no están los mozos. No está el Amor, y nadie canta.



Las mujeres siegan, trillan, hacinan la hierba...

¡Oh, las tardes ardientes de Castilla!

Vuelve el fornido mozo del acarreo. Viene orgulloso delante de sus bueyes; camina lento, la ijada al hombro; guía un carro cargado de gavillas que parecen de oro; en lo alto de la carga plantó un ramo.

Viene contento y canta. Su voz se extiende por los amplios espacios.

No ya lejanas ve las eras; él sabe que en las eras su voz es escuchada por alguien con dulce ansiedad. Sabe que cuando llegue los viejos se dirán unos a otros: «Ahí viene Juan Antonio. No hay parejo en el pueblo cargando carros»; y aquella que escuchaba sus canciones suspenderá un momento sus faenas y, apoyada en el bieldo, le mirará, arrobada, cómo pasa, orgulloso de sus bueyes, de su carga, de su amor.

Y es el amor el que pone en el rudo trabajo la nota clara de alegría.

Hay amor y trabajo en esas tardes castellanas.

Hay tan sólo trabajo y recuerdos en estas montañesas.

Por eso, cuando se pone el sol en las alegres eras de Castilla, resuenan las canciones y se escuchan murmullos misteriosos en el hondo misterio del crepúsculo.

Y en estos atardeceres de la Montaña sólo queda flotando en el ambiente el aroma riquísimo de la hierba segada.

¡Este aroma por estos prados, entre la borrosa penumbra de los árboles, envolviendo a parejas amorosas!...

Pero no están los mozos. Se marcharon a América. Fueron a hacer fortuna...

L. ALONSO

Santander.

FOTS. DEL AUTOR



Cargan también los carros que luego guían hombres de edad madura...



... Aquí dejaron solas a las mozcucas, que trabajan silenciosas...

DE LA VIDA
NOVELESCA

MATRIMONIO DE MUÑECOS

AURELITO González Rubio terminó la carrera á poco de cumplir veintitrés años; una carrera brillantísima, con notas de sobresaliente en todas las asignaturas y varias matrículas de honor. Puede afirmarse que era un filósofo á tan temprana edad, puesto que era la de Filosofía y Letras la carrera en que se había doctorado. Y como su padre, un alto funcionario del Cuerpo Consular, que después de correr medio mundo descansaba cómodamente en el Ministerio de Estado, le había prometido obsequiarle con lo que él quisiera, por costoso que fuese, el día que se doctorase, luego de leer y releer el título en voz alta, para que mamá disfrutase al mismo tiempo de la satisfacción que le causaba el triunfo de su hijo, y cuando los dos hubieron besado y abrazado lo suficiente, vino la obligada pregunta:

—Bien, hijo mío. Estoy orgulloso y contentísimo de ti, y dispuesto á cumplir la promesa que te hice. Pídeme lo que quieras.

—¡Pero que no sea una «moto», por Dios!—apresuróse á interrumpir la madre.

—No, mamá, no tengas cuidado.

—Entonces, di lo que desees.

—¿No os incomodareis?

—No. Porque un muchacho como tú no puede pedir más que cosas lícitas... Yo me anticipo á asegurarte que lo que sea, está concedido.

—Pues lo que deseo es... casarme.

—¿Casarte tú, niño?

—Pero..., ¿lo has pensado bien, muchacho?...

—¡Si ni siquiera tienes novia, que yo sepa!—advirtió la madre.

—¡Por Dios, mamá!... ¡Que ya no soy un estudiantillo alocado!

—Tiene razón, mujer... Has de convencerte de que Aurelio es ya un hombre.

—¡Pero, hijo, ahora que debes empezar á vivir!... ¡Ahora que puedes disfrutar de la juventud..., satisfacer todos tus caprichos!...

—El único que deseo satisfacer es ese. He dado mi palabra de que me casaría en cuanto terminase la carrera, y la palabra de un hombre de carrera debe ser más firme que un contrato.

—¡Bien, hijo mío, bien! Así debes pensar. Dinos quién es tu prometida.

—La conoceis mucho... Elena Ordóñez.

—¡Ya presumía yo que la elección no había de ser un disparate! Elena es una buenísima muchacha, de familia honorable y de excelente posición.

—¿Y tu la quieres?

—La adoro, mamá. Es deliciosa. Estoy seguro de que seré feliz con ella.

Los padres se miraron; esta vez sonriendo.

—Bien; como tu quieras... Pero sin precipitación, hijo mío..., y cuenta con un presente de boda espléndido.

Abrazaron al hijo nuevamente, y cuando se quedaron solos papá dijo á mamá:

—No lo considero una tontería. Eso le libraré de peligrosos amoríos en que tan fácilmente se enreda la tranquilidad y se expone la salud.

ooo

Y á poco se celebró la boda. Una boda espléndida que llamó la atención, no sólo por su lujo, sino por la juventud de los contrayentes, que parecían dos chiquillos.

El con su frac y ella con su vestido blanco, sus gasas y su azahar, parecían dos figuritas de esas que se ven en los escaparates de juguetes.

Tanto que una mujer del pueblo, al verlos salir

de la Parroquia, exclamó sin poder contenerse: —¡Es una boda de muñecos!

La víspera se despidió Aurelio de sus camaradas de Universidad, invitándoles á un almuerzo. Hubo alegría, picarescas frases, brindis ingeniosos. Antón Bermúdez, el más íntimo del anfitrión, felicitóle en unas redondillas improvisadas, que produjeron el alboroto. Luego, al despedirse con abrazos efusivos, pidiéndole que les comunicara sus impresiones, Aurelio prometió que escribiría

Y efecto de la dolorosa experiencia que el pequeño filósofo adquirió en tan breve espacio de tiempo eran estas tres cartas que dirigió á su amigo Bermúdez y que sembraron la consternación y el asombro al ser leídas en la tertulia.

«Querido Antón: Cumpló lo prometido. A los seis días de hallarme aquí, en cuanto los deberes y las delicias de mi nuevo estado me dejan unos momentos de quietud, apresúrome á poner te estas líneas, sólo para decirte y para, que se lo digas á los amigos, que soy plenamente dichoso; que no hay felicidad comparable á ésta de haberse unido á una mujer cuyas caricias y cuyo amor compensan plenamente de todas las contrariedades que en la vida pueden sufrirse. ¡Casaros!... ¡Seguid mi ejemplo y no busquéis por otro lado la felicidad!

Vuestro camarada siempre,

Aurelio.»

Quince días después, recibía Bermúdez esta otra carta:

«Querido Bermúdez: Estoy bajo una impresión dolorosa, que sólo la amistad verdadera puede comprender y compartir. El matrimonio no es una dulce y continua luna de miel, sino un semillero de inquietudes y sinsabores. Ayer he tenido un grave disgusto con Elena. Me pareció que un cínico la miraba en la playa de un modo insolente, y al decirse se echó á reír, como si mi mortificación y mi duda la halagasen en su femenina vanidad. Esto me hace creer que el pensamiento de las mujeres no es tan impecable como creemos, y esta idea me sume en penosísimas reflexiones... ¡No os caséis, si deseáis libraros de sufrimientos que amargan la alegría de la juventud, que ponen nubes negras en nuestra vida! Ya lo dijo el filósofo...

Tu infortunado amigo,

Aurelio.»

Y ocho días después, hacia llegar al colmo la confusión de sus camaradas, con esta otra misiva:

«Querido Antón: El otro día te dije un sinnúmero de necedades, porque me hallaba bajo la impresión de una leve contrariedad. No hagas caso, y no siembres una falsa alarma entre los amigos. Esas pequeñas amarguras del matrimonio son en realidad convenientes; son el estímulo de la felicidad, algo así como la salsilla picante que la sazona. No podéis figuraros cuán grande es la ventura que se experimenta cuando la nube desaparece y brilla de nuevo el sol en nuestro cielo. Elena, al verme triste, no sabía qué hacer para consolarme. Recurrí á todas las caricias, á todos los mimos que sugiere el verdadero amor; hasta vi lágrimas en sus

ojos... No pude más, y le di un beso, y el pesar de ella y el padecer mío fundióse en nuestros labios, dándonos á conocer una nueva é incomparable felicidad...

Si queréis tener idea de este goce inmenso, de la dulce ventura que proporciona el cariño de la mujer legítima, casaros. Es un consejo que os da la experiencia de vuestro camarada de siempre,

Aurelio.»

Y yo no tengo nada que añadir, después de reproducidas estas tres cartas, á las que presta una indudable autoridad el hecho de ser un doctor en Filosofía y Letras quien las ha escrito.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

DIBUJO DE ECHEA



á Bermúdez para que todos supieran de él, y á las cuarenta y ocho horas el pequeño filósofo, con su esposa, emprendía el feliz viaje de novios dirigiéndose á San Sebastián.

ooo

Pero como está demostrado que la filosofía que se estudia en los libros de texto no es la que nos enseña á ser filósofos á lo largo de la vida, Aurelito, que con todo el saber que tenía en los sesos era una criatura sin experiencia ni malicia, así como creyó haber realizado la felicidad de toda su existencia al unirse con su adorada, y mucho más aún durante aquellos primeros quince días de su luna de miel, juzgóse el más desventurado de los hombres á la primera contrariedad que por una de esas pueriles divergencias nubló por unas horas la luz alegre de su ventura.

DEL MADRID VIEJO

LA COMEDIA

LOVERÍAN á menudo anatemas de la Iglesia y prohibiciones de los Gobiernos sobre las gentes de la Farándula; pero con todo ello nuestros antepasados no podían pasarse sin la comedia.

No siendo los clérigos de misa y olla y los frailezcos á lo *Gerundio*, todos los demás, aunque se embutieran en un manto ó se ciñeran el cordón de una Orden monástica, placíanse en ver orearse sobre las tablas de la escena las flores del ingenio.

Ya habíase fundido en las tinieblas de la Muerte la centuria decimoséptima, que fué vergel espléndido de poetas y de artistas; y aunque durante ella abundaron los lutos reales que tuvieron paralizado el Teatro, todavía aromó bastante el siglo de los Borbones que nos llegaron de Francia.

Desde 1701 á 1800, puede decirse que creció la afición á las representaciones escénicas, aunque, en verdad, no había tan sólidas bases en qué mantenerse como antaño.

Si quieres, amigo lector, asistir conmigo (que á mi vez voy convidado por un ánima rezagada de aquel tiempo) á una representación en el coliseo de *Príncipe*, ponte casaca y chupa, ciñe espadín de acero, encasquétate sombrero de tres candiles y échate á la calle.

Atento Su Majestad á los muchos desmanes que se ofrecen de noche por la obscuridad y abandono en que están las calles de la Villa, se ha servido promulgar una Real orden en la que dispone que las funciones de teatro se celebren por la tarde, empezando á las cuatro en punto desde Pascua de Resurrección hasta el último día de Septiembre, y á las dos y media desde el uno de Octubre hasta Carnestolendas, «sin que se pueda atrasar el término señalado, y ciñéndose el festejo al término de tres horas cuando más, que es el suficiente para un recreo honesto y para que se logre salir de día»...

Desde 1742 existe la bizarra y entrometida Orden de los *chorizos*, que tal nombre goza la *guardia tedesca* de este lugar porque, habiendo comido en cierto sainete el actor *Trancho* unos embutidos de tal especie, hizo unos visajes tan graciosos y poco limpios, que los asistentes á este corral quedaron denominados de tal suerte.

En pugna con esta institución están los *polacos*, que son la *guardia genizara* del coliseo de la Cruz, y reciben tal apelativo del caudillo que los dirige, que es nada menos que un fraile trinitario, al que sin saber la etimología del apodo, llamaban sus secuaces el Padre *Polaco*.



Estos dos bandos opuestos medirán sus fuerzas durante la representación de la comedia, y la cogerán por medio y la desharán entre aplausos y silbidos, aunque aconteciera ser joya de tanto prestigio como el mismísimo *García del Castañar*.

Los *chorizos* son aquellos que llevan por divisa una cinta amarilla, y los *polacos* los que adornan los chapeos con un pomposo lazo azul.

Como vamos de casaca, podemos tomar asiento de luneta, porque si trajéramos capa, como ella no fuese de grana, no podríamos acomodarnos más que en el pasillo ó en el *dego-ladero*, llamado así porque, como puedes ver, hay tirada una cuerda que llega á la altura de la garganta.

Aquel recinto de arriba, en el que hay tan

ensordecidora barahunda, es la *cazuela*; en ella no pueden entrar más que mujeres.

¿...?

Eso es; lo que tan inoportunamente quiso resucitar ahora nuestra ya destituida primera autoridad policiaca. ¡Dios le conserve el humor y la *peste* á moho!

El cartel es sugestivo. Ofrece la representación de un gentil disparate entre auto sacramental y comedia de figurón, y que tiene más texto en el título que en la parte encomendada á los cómicos. Llámase este feliz parto del ingenio, cuyo autor es D. José de Lobera y Mendieta, *La mujer más penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesús, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo*.

Como fin de fiesta hay seguidillas del *ole*, bailadas por una pareja de rumbo; y si quiere Apolo, nuestro señor, que la función vaya como una seda, puede que se determinen á hacer prodigios bailando *El Arroyito, El Canario y La Tempestad*.

El alcalde da la señal; preludian los cuatro mal afinados violines la musiquilla de uno de los bailes y, descorriéndose la cortina, comienza á hacer milagrosos disparates la venerable Mariana de Jesús.

Los *chorizos* aplauden, los *polacos* silban, las mujeres gritan, y el público, mostrándose neutral, como no va más que por el baile, disfruta impasible de los dos espectáculos: el del escenario y el del patio.

En fin: á tanto llegan la algazara y el escándalo, en el que se muestran parte hasta los más pacíficos, que usando la autoridad de una de las muchas prerrogativas que le concede la ley de espectáculos, manda correr la cortina y hace que sus esbirros desalojen aquel campo de Agramante, llevándose á la cárcel á los que alborotan con más saña. Fuerza es, pues, amigo lector, que contra mi buen deseo nos quedemos sin ver la comedia, que, como puedes presumir, prometía ser famosa; pero has visto al público y has salido ganando.

Como dijo aquel otro que nunca sabemos quién fué y que para todo tiene un dicho vulgar rayano en necedad, que parece una sentencia, «lo que no va en bebederos va en suspiros»...

DIEGO SAN JOSE

DIBUJOS DE MARÍN



FIESTA VALENCIANA



FIESTA valenciana... Alegría ruidosa, bajo los fuegos y los resplandores de un sol espléndido, que confecciona una esmeralda con la huerta ubérrima y pulcra, engarzada en el oro viejo de sus senderos, y enciende los cálices de las flores, como enamorado que les llegara con el aliento de su pasión hasta lo más vivo de su ser, y embalsama de perfumes enervantes el aire, y siembra exuberantemente de ilusiones—flores del alma— los más locos corazones y las más sensatas cabezas...

Alegría de cascabeles—cuyos ecos son los élitros estridulantes de los grillos—bajo el terciopelo bordado de diamantes que es la noche azul, donde, con fulgor delicado y

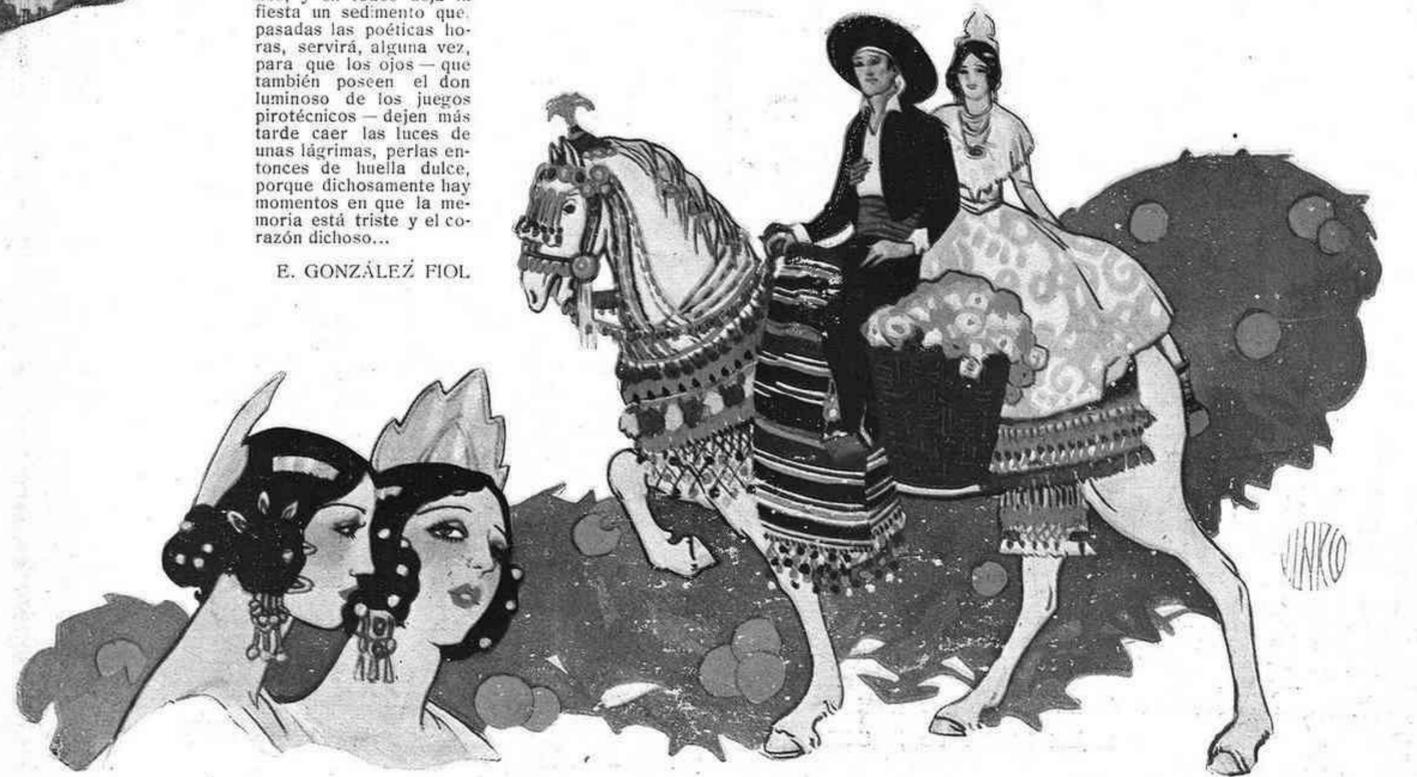
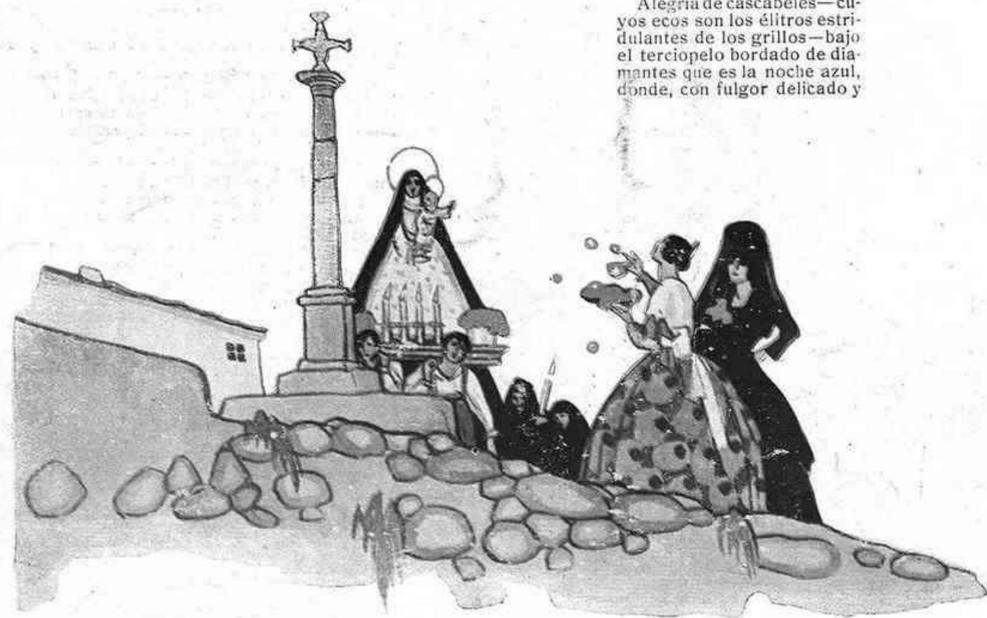


gractoso, brilla una luna de luz tan alba que no se sabe si fueron los coheteros valencianos quien le hurtaron la blancura de bengala, ó fué la propia Hécate quien se la hurtó á ellos, al sorprenderlos ensismados y bulliciosamente enloquecidos en una de sus delirantes orgías pirotécnicas, esas bacanales de las cuales las luces de mil colores suelen huir, rastreando vacilantes por el suelo, unas; las más, aturdidas, y otras, las de espíritu, con más refinada coquetería, escalan los cielos para enloquecer á los angelitos y contagiarte de la bulliciosa alegría valenciana, y lanzarse despilfarradores á machacar estrellas, cuyos fragmentos llueve en raudales de chispas de oro y plata, en riquísimas y detonantes gemas de la más fantástica coloración.

Y de día, sol, flores, perfumes, músicas, ambiente, encienden anhelos y esperanzas de amor en los pechos lozanos, y nostalgias de pasión en los corazones que el vivir agotó. Y noche, luna, bengalas, canciones, bailes, tracas, luces volanderas y crepitantes—los cohetes, que estallan en lluvia aurifera y lluvia argentina, y estrellas que envidiosas estallan, como cohetes voladores, en lluvia de piedras preciosas—, inundan de poesía los sueños de la Venus huertana y la Venus señorial, y embellecen la escultura de su

cuerpo y su esencia, que es el alma, con las más bellas tonalidades de la ilusión... Y poseen á todos, y en todos deja la fiesta un sedimento que, pasadas las poéticas horas, servirá, alguna vez, para que los ojos—que también poseen el don luminoso de los juegos pirotécnicos—dejen más tarde caer las luces de unas lágrimas, perlas entonces de huella dulce, porque dichosamente hay momentos en que la memoria está triste y el corazón dichoso...

E. GONZÁLEZ FIOLE



UNIKO

PÁGINAS POÉTICAS

FRISO FEUDAL
EL FAVORITO

Mientras duerme la reina y señora
á la tímida luz de la aurora,
la patrulla de pajes se marcha,
vociñglera, á los parques. La escarcha
desparra un astral centelleo
por los bojes del hondo paseo...

Con altivo contento enumera
el más rico favor que tuviera
de la gracia real recibido
cada paje flexible y garrido.

Y decía el toscano Loffredo:
—Esta gema es un sol en mi dedo.
—Tengo un dije de ágata y oro
y esmaltadas las cifras que adoro
en sus caras—repuso otro paje.
—Ved mi nítida gola de encaje,



sutil trama de Holanda—añadía
con un gesto de clara ufania
Leonardo.

—Una bolsa de seda,
de florines hinchada, me queda
escondida en el cofre, en palacio—
confesó Celestino.

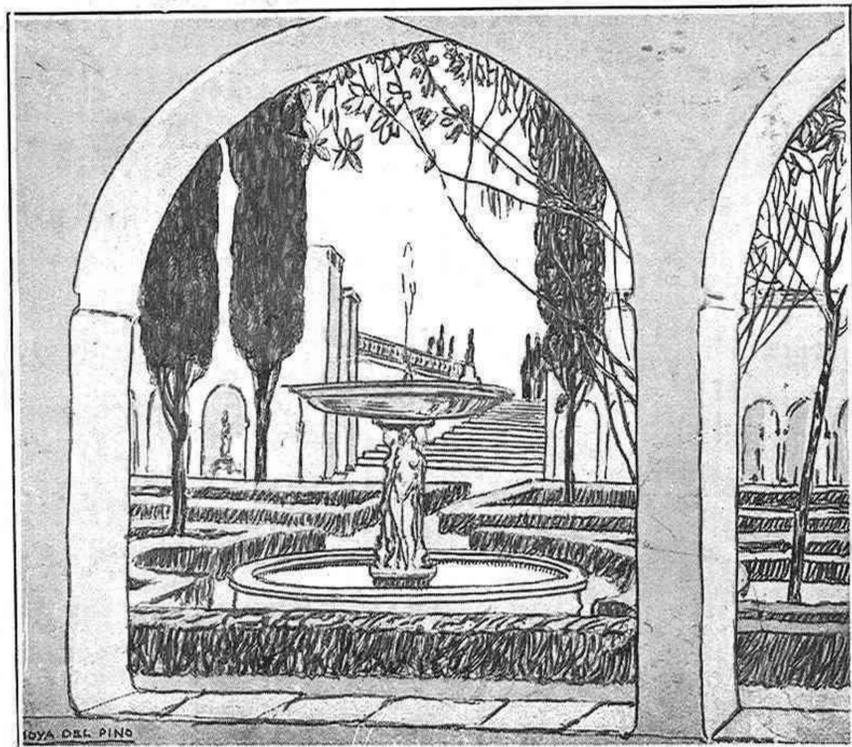
—Un topacio
mi puñal de Turquía envanece—
dijo Guido. Tan sólo enmudece
aquel paje español que parece
más soberbio, más denso, más hombre.
¡Nadie sabe su cuna y su nombre!

Él no guarda otra prenda real
que el recuerdo galante y nupcial
de una lluvia caliente de besos
en sus labios sedientos y gruesos
y en sus ojos de azul matinal.

Ramón FERNÁNDEZ MATO

DIBUJO DE BUJADOS

TRANSFIGURACIÓN



¿Han transformado el parque? Las largas avenidas
proyectan á lo lejos imágenes queridas,
vagas sombras que pasan y se extinguen cantando
á la luz silenciosa de la luna dorada.
Un nuevo parque surge tras la verja cerrada.
El alma de las flores suspira perfumando.

Las sombras evocadas son alegres y bellas,
parecen las hermanas de las altas estrellas.
Ni una rama se mueve. ¡Oh, qué silencio! Todo,
como el sueño de un sueño, aparece encantado.
El corazón quisiera parar el tiempo alado,
y transformarse él mismo de algún extraño modo.

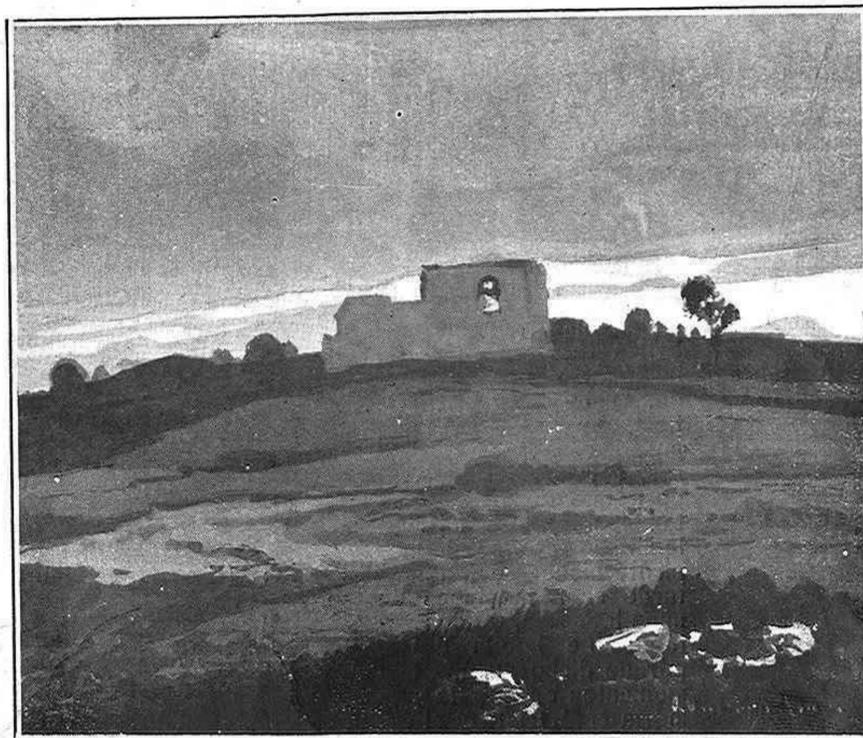
No ser, ó ser lo opuesto á nuestra vida. Andar
como los silfos, invisibles... Y soñar...
soñar bajo el imperio de los astros de oro,
muy lejos de la tierra, de nosotros y de ellos,
por este parque azul... ó por otros más bellos,
—Alma:

¡Esos que tú conoces de antaño, y que yo ignoro!

Rafael LASSO de la VEGA

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

PAISAJE CASTELLANO



Paisaje requemado al sol de estío,
amavillo en la tarde, al rojo en la mañana,
sin la sonrisa de cristal de un río,
cara al cielo, bostezan tu hastío y tu desgana.

Paisaje perezoso, tendido como muerto,
que preféritos días tu ensueño hermoso añora;
inmenso mar de surcos sin un puerto,
donde tu barca—el tedio—pueda encallar su proa.

No tiene la mirada refugio en tu laguna
monótona, ondulante, siempre á los ojos quieta,
llano como de roble, que el arado rotura,
y en el que cada surco es una veta.

De pronto un lomo suave y largo asoma y crece,
y como amamantado en su propio regazo,
se eleva un chopo agudo en su curva, y parece
un arco que lanzara al cielo su flechazo.

Eliodoro PUCHE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL ALBUM VIEJO

No quiero un retrato al óleo—me decía una ilustre dama—, porque yo no tengo hijos, y no quiero que un día lo vendan en el Rastro.

La experiencia le había enseñado, como á mí, que el Rastro es como la charca adonde van á caer cuadros y retratos. No se libran de esa suerte ni siquiera las fotografías. Después de una ó dos generaciones, si no las han destruído, van á parar á los traperos.

Yo siempre detengo el paso ante los retratos, sean pintados al óleo, al pastel, al daguerrotipo ó estén tomados de fotografía.

Me parecen personas que viven y sufren aún, inmovilizadas y como puestas en la picota por la vanidad de querer perpetuar así un momento de su vida.

¿Tendrían razón los árabes en no consentir la representación de la figura humana?

Suelo comprar esos álbumes viejos lujosamente encuadrados en piel ó terciopelo, con broches y conteras de metal, que eran indispensables en las mesas del salón de los abuelos.

A veces se encuentra un retrato conocido: Amadeo, Prim, la Patti...

En esos retratos primitivos todos se retrataban de cuerpo entero. El renunciar á una parte de sí mismo no vino sino mucho después. Las señoras llevan sus chales, sus mantillas y sus sombreros. Los hombres conservan su sombrero de copa y su bastón y sus guantes. Hay caballeros santiagueses y calatravos con todas sus insignias, sus *chapeos* de plumas y sus mantos blancos. Se leen nombres en el reverso de los retratos, dedicatorias, que tampoco nos dicen nada. Los retratos están amarillentos, tienen un tinte que expresa bien que son retratos de muertos.

Entre estos retratos encontré un grupo evocador de nombres gloriosos é inolvidables. En el centro, la madre, tronco y dirección de la familia, con su vestido monacal, de hábito, con la correa pendiente á lo largo de la falda, da la idea del alto respeto con que toda la familia se agrupa en torno de ella. Indudable-



El célebre actor Fernando Ossorio y su hermana Cristina, inspirada actriz, con su madre y otros individuos de la familia, entre ellos Luis Mariano de Larra, hijo de «Figaro», el insigne escritor

admiração que despertaban en mi espíritu sus conmovedores recuerdos. Por eso he apartado este retrato del album viejo, deseosa de hacerlo vivir aún un poco más de tiempo.

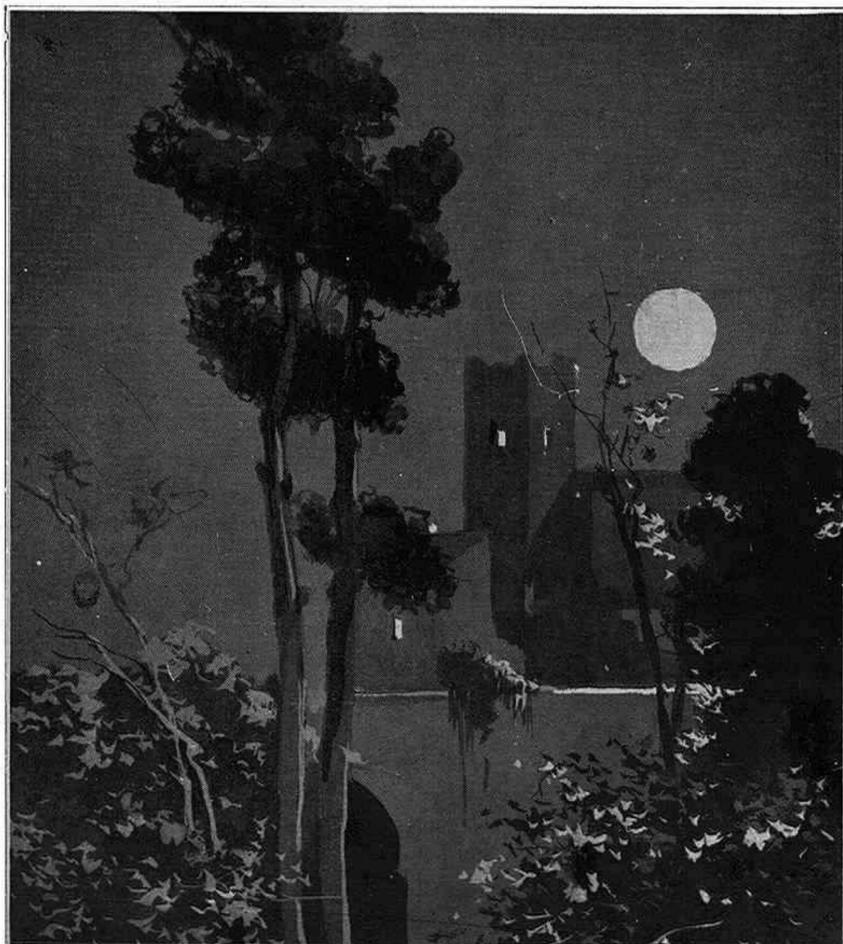
CARMEN DE BURGOS (Colombine)

COLLAR DE MADRIGALES

Viniste en una tarde del invierno
Yo, ausente, no sabía...
Desde entonces la casa solariega
se ha llenado, mujer, de tu delicia.
El árbol de mi patio,
que tiene el fruto como tus mejillas,
se encontraba sin hojas,
y fué en el arriate nuestro enigma.
¡Oh, melocotonero!
¿Por qué no floreciste en aquel día?

La torre de mi casa,
el único vigía
de todos mis ensueños,
bajo el azul y sobre la marisma
—cs su obra del tiempo de los moros,
igual que una atalaya granadina—,
te miró con sus bellos ajimeces,
como grandes pupilas,
y del camino por donde te fuiste
del blanco pueblo á la ciudad vecina,
en la plácida estela,
no separó su vista.
¡Cuando la luna asoma
parece que aún te mira!

Hasta el galgo español que acariciaste
con tu mano enojada y peregrina
se lamenta. ¡Qué trémulos latidos
de mi enorme corral en la guarida!
Y quisiera seguirte por el mundo
con la presteza altiva
con que á buscarte va del triste ausente
la loca fantasía.
—Ven, mi rojo lebrél de finos nervios.
¡No volverá la dama gentilísima!



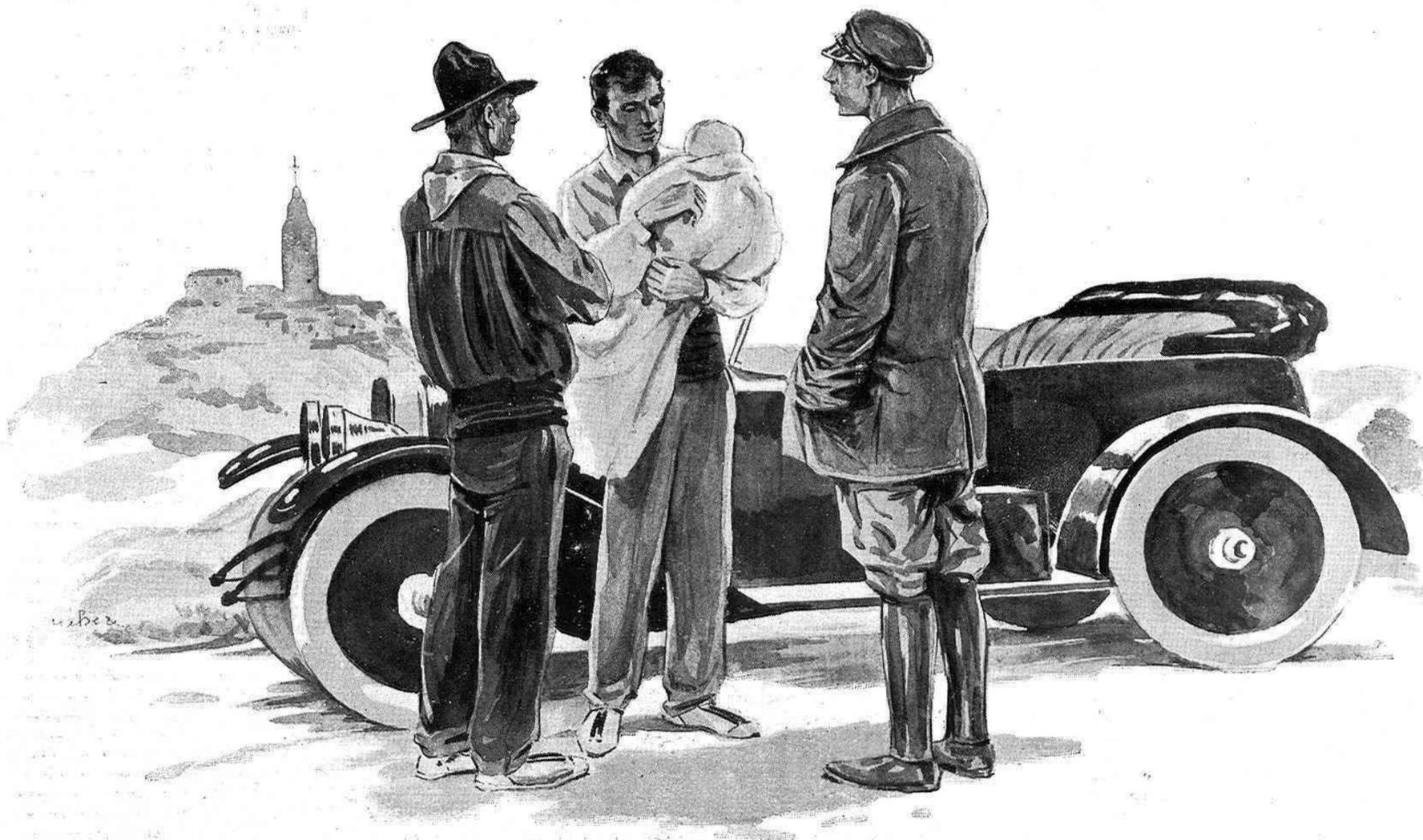
Y mi caballo, mi caballo no le,
al sentirte piafó con alegría.
El rozar de tus sedas,
y de tus pieles ricas,
por entre los rosales
y las macetas de las gitanillas,
le hizo volver el cuello
como un cisne que gira.
Ya, en la dulce penumbra,
el eco de tu risa
inquietó su descanso,
y la sangre del bruto, enardecida,
á saltar en corbetas impulsóle,
temblando, ante la furza repentina,
por la cuadra silente
—chocar de tentadero y montería—,
el freno, las espuelas pavonadas
y la vaquera silla.
¡Qué rumor de galopes cadenciosos!
¡Qué invitación espléndida á las jiras!
Y por el v. n. anal, como un suspiro,
envió su mensaje la campaña...

He aquí los madrigales que te escribo
al saber tu visita:
Soledad y misterio,
amor, melancolía.
Reina de esta jornada,
ellos son dulce ofrenda primitiva.
Porque una vez llegaste
y serás para siempre bendecida,
¡van á tus pies, como ideal tesoro,
árbol, torre, lebrél, caballo y rimas!

F. CORTINES Y MURUBE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

DE LA VIDA NOVELESCA
 EL PRÓLOGO DE "EL NIÑO ABANDONADO"



Los hechos reales, inverosímiles, absurdos, demuestran frecuentemente que los novelistas de más fecunda imaginación no inventan nada.

Los más arbitrarios argumentos de esas obras de dramática truculencia, cuyo principal atractivo es el interés, y en las que para despertarlo y mantenerlo vivo se acude á las más emocionantes situaciones que le sea dado concebir al autor, tienen su origen en la vida, ó viene ésta á probarnos después, que en ella nada hay inadmisibile, nada que pertenezca en absoluto al fantástico dominio de la mente humana.

Este hecho, ocurrido hace pocos días en Alicante, lo demuestra. El somero relato que de él han hecho los periódicos difiere tan sólo en la extensión del que podría hacer, invirtiendo muchas cuartillas, uno de esos escritores que lograron popularizarse en la novela por entregas.

Por si no lo conocéis, voy á contároslo, seguro de que ha de pareceros la interesante historia el prólogo de uno de esos fantásticos folletines.

ooo

Es la hora del atardecer de uno de estos días estivales, en que los ardores del sol rinden los cuerpos de los campesinos encorvados sobre la tierra fecunda, para recolectar el fruto que pródigo le ofrece, á cambio de la semilla y del sudor que dejaron caer en el surco.

Ha terminado el laboreo del día, y lentamente marchan los labradores camino de la aldea, ansioso el cuerpo de descanso en la frescura del hogar, ávidos los pulmones de recoger el airecillo saturado de aromas campestres, que corre como divina bendición.

Tío Vicente y su yerno, propietarios de un trozo de tierra á la que su cuidado saca abundante fruto, rezagáronse, porque han querido descansar, liando un cigarrillo, sentados cómodamente en la cuneta, respirando la fresca brisa entre bocanadas de humo. Y ya es casi noche cuando reanudan la marcha, porque la cena estará á punto y el estómago la pide con gruñidos que no es prudente desatender.

Algo que blanquea sobre la parda entona-

ción del suelo, al borde del camino, atrae las miradas del tío Vicente.

—¿Qué es aquello, muchacho?—pregunta al mozo, indicándole con la manaza sarmentosa. Se acercan. Lo examinan.

—¡Dios!...—exclama el mozo—¡Pues si es una criatura!

Y coge entre sus manos toscas el envoltorio de blancas telas, liadas cuidadosamente al cuerpo de un recién nacido.

—Pero, ¿está viva?

—Viva está... Mire usted qué guapeta. Y es de personas ricas. Los pañales son finos y el gorro tiene buenos encajes...

—¿Y quién puede haberla dejado ahí?

—¡Qué sé yo!... Del pueblo no es.

—¡La han abandonado!... Alguna señorona de la ciudad, sin duda... ¿No lo crees tú?

—Eso debe ser... ¿Y qué hacemos, padre?

—Dejarla ahí es un crimen. Se moriría de necesidad la pobre, ó la abrasaría el sol de que saliese.

—Nos la llevaremos á casa en tanto que se averigua de quién es. La Ildefonsa puede darle el pecho.

—Sí, hijo, sí. Es buena como tú. No ha de negarse.

Y el mozo acomoda al crío entre sus brazos, y los dos siguen hacia el pueblo, sin cesar en sus conjeturas.

A poco ven un *auto* detenido en la carretera. Su conductor repara un desperfecto que sin duda ha sufrido en la marcha. En el coche no hay nadie.

—Oiga, buen amigo—le pregunta el tío Vicente—: ¿Usted puede decirnos algo de esta criatura que acabamos de encontrar en la carretera?

El mecánico se incorpora; los mira fijamente, y después responde:

—Yo nada sé. A la marcha que iba no pude fijarme... ¿Dónde la han encontrado?

—Ahí mesmamente... ¿Quién habrá sido la mala madre que la dejó?...

—¡Ya, ya!...—rezonga el *chauffeur*—¡Y es guapa la chica!... ¿Qué van ustedes á hacer con ella?

—Llevarla al pueblo. No faltará quien la prohija, si los padres no la reclaman.

—Yo me quedo con ella—añade el mozo.

—Este es casao, y su mujer puede criarla.

—¿De dónde son ustedes?—interroga el mecánico.

—De Jijona. Aquí cerca.

—Por allí he de pasar. Voy á Alicante. Suban al coche si quieren que les deje en el pueblo.

—¿Para qué?... Ya está un paso.

Pero el *chauffeur* insiste, y los labriegos, que sienten aguijoneada su curiosidad por saber cómo se marcha en esos vehículos del diablo, que corren por las carreteras entre nubes de polvo y espantan el ganado y aplastan perros y gallinas, después de mirarse, de sonreír y encogerse de hombros, se deciden y se acomodan en los mullidos almohadones, mientras el mecánico hace girar la manivela, que pone el coche en ruda trepidación. Sube el *chauffeur* á su asiento, empuña el volante y el *auto* corre por en medio de la carretera...

Un minuto después está en el pueblo. Ami-nora la marcha y el mecánico dice:

—Indíqueme por dónde he de seguir y los dejaré en su misma casa.

—Por ahí, tío seguío. La calle Mayor. Casi al final, á la derecha.

El coche se detiene cuando el mozo grita desde el asiento:

—¡Pare! ¡Aquí es!

—Gracias, amigo—dice el viejo, apeándose.

—Se va mejor que en carro—observa el joven.

Sonríe el mecánico, que es un buen tipo bajo su blusón de faena, y deja ver un semblante de señor bajo la gorra, que le cubre toda la cabeza, desde la frente á la barbilla.

—Oiganme—dice á los labriegos—. Como uno conoce tanta gente y va por tantos sitios... por si acaso averiguase algo de esa criatura, ¿quieren ustedes decirme sus nombres, para saber á quién deben acudir los padres, si parecen?

—Con que pregunten por Baltasar, mi yerno, ó por el tío Vicente, que soy yo, basta. To el pueblo nos conoce.

—¡Ea! Pues salud, para que puedan sacar con bien á esa criatura, y que Dios les premie su buena obra.

Y de nuevo el coche emprendió su rauda carrera, perdiéndose en la nube de polvo que tras sí levantaba.

ooo

Diez minutos después se conocía la novedad en todo el pueblo, y de todas partes acudían las mujeres á conocer á la criatura y á averiguar los pormenores del hallazgo.

Hasta el alcalde, el cura y el albéitar acudieron atraídos por la curiosidad.

Y todos se hacían lenguas de la hermosura del nene, de sus ojillos garzos, de la abundancia de su pelo, de la calidad de los pañales que lo envolvían, y abundaban los comentarios y las conjeturas, y las exclamaciones de lástima para el infeliz abandonado y de indignación para la madre desnaturalizada, que tan cruelmente prescindía del ser á quien dió vida.

—¡Y menos mal que el pobre ha caído en buenas manos, porque la Ildefonsa es muy buena!...

Cierto. Cuando su padre y su marido le contaron el hecho, acogió á la criatura con solicitud é interés tan grandes, que sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en la desdicha de aquel ser inocente, decidida á que compartiera el jugo de sus senos con el hijo de sus entrañas.

Cuando al fin pudieron librarse de la curiosidad de los convecinos y se quedaron solos, Ildefonsa, después de aplacar el llanto de la criatura, dándole el pecho, que tomó con ansioso deleite, quiso proceder á desfajarlo, por si era necesario cuidar de su limpieza, y ¡cuál no sería su asombro, el del marido y el de los abuelos al ver que aparecían, asegurados con puntadas á los pañales, billetes y billetes; de quinientas pesetas unos, que jamás habían visto en sus manos, de ciento los más, y que entre todos sumaban mil y pico de duros.

Cuando quedó desnuda la criaturita, vióse que pendiente del cuello, colgando de una finísima cadena de oro, tenía una medalla, con la imagen de la Virgen de los Desamparados, en esmalte, y al reverso un nombre grabado: «Aurelio» y una fecha: «9 de Julio de 1923».

Nada más se supo. Ha transcurrido el tiempo sin que el enigma se descifre, sin que la curiosidad de los que conocen el sucedido pueda satisfacerse.

Ya expuse al comenzar que este verídico relato podía ser el prólogo de una de esas novelas emocionantes que forja la fantasía de ciertos escritores; pero únicamente el prólogo.

Integra la novela no se ha desarrollado aún. Acaso algún día pueda escribirse con todos sus detalles, con todas sus escenas dramáticas y conmovedoras. Entre tanto dejad correr vuestra fantasía, cread los episodios que aún no ha querido descubrirnos la realidad é interesaros tiernamente por ese niño abandonado por una madre indigna de serlo, y que en ese humilde matrimonio de Jijona ha encontrado su amparo, pero sin olvidar que esta vez no se trata de una criatura de novela, sino de un ser que vive en esta vida, más dolorosa á veces que la ficción.

E. C. Y C.

DIBUJO DE ECHEA

AMÉRICA
PINTORESCA

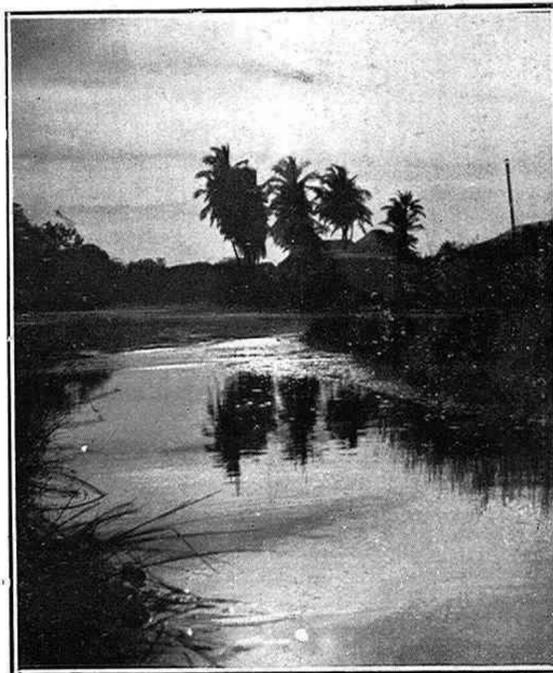
EL FARO DEL CATATUMBO

EL lago de Maracaibo, ciudad venezolana, es una de las más bellas revelaciones de la misteriosa naturaleza. Doscientos ríos desembocan en él. En sus márgenes se elevan esbeltos cocoteros y lánguidas palmeras, ó se interrumpe el paisaje por páramos desiertos, de rojas arenas.

¡Oh, las maravillosas noches blancas junto al lago maravilloso! Una luna amarilla, de luz densa, fantasmagoriza el paisaje. La quietud del lago, su absoluta quietud de espejo negro, le da al paisaje una calidad de muerte. Por algunos lados surgen ramas secas y arbustos, y entonces nos parece asistir al espectáculo de una inundación formidable, en la que persisten las aguas estancadas.

Cruza á la distancia un barco chato, iluminado por tres luces—roja, verde y blanca—en forma de cruz; este barco arrastra una barcaza más chata y negra, un cetáceo gigantesco, con el vientre repleto de petróleo, del que va tirando el Tío Sam, hacia el Norte, bajo la segura orientación de sus estrellas imperialistas...

Pero más que todo esto nos admira y asombra un relámpago que ilumina á intervalos, misteriosamente, el horizonte. Los marinos han bautizado esta luz con el nombre de *Faro del Catatumbo*, porque les orienta en la noche y porque se produce en la desembocadura del Cata-



Desembocadura de uno de los doscientos ríos que forman el lago de Maracaibo

tumbo, uno de los ríos más importantes que van á dar en el lago.

Nadie, hasta ahora, ha definido cómo se produce este relámpago, y el sabio Humboldt se detuvo atónito ante este raro capricho de la Naturaleza, sin poder apresar su secreto entre las redes de su sabiduría.

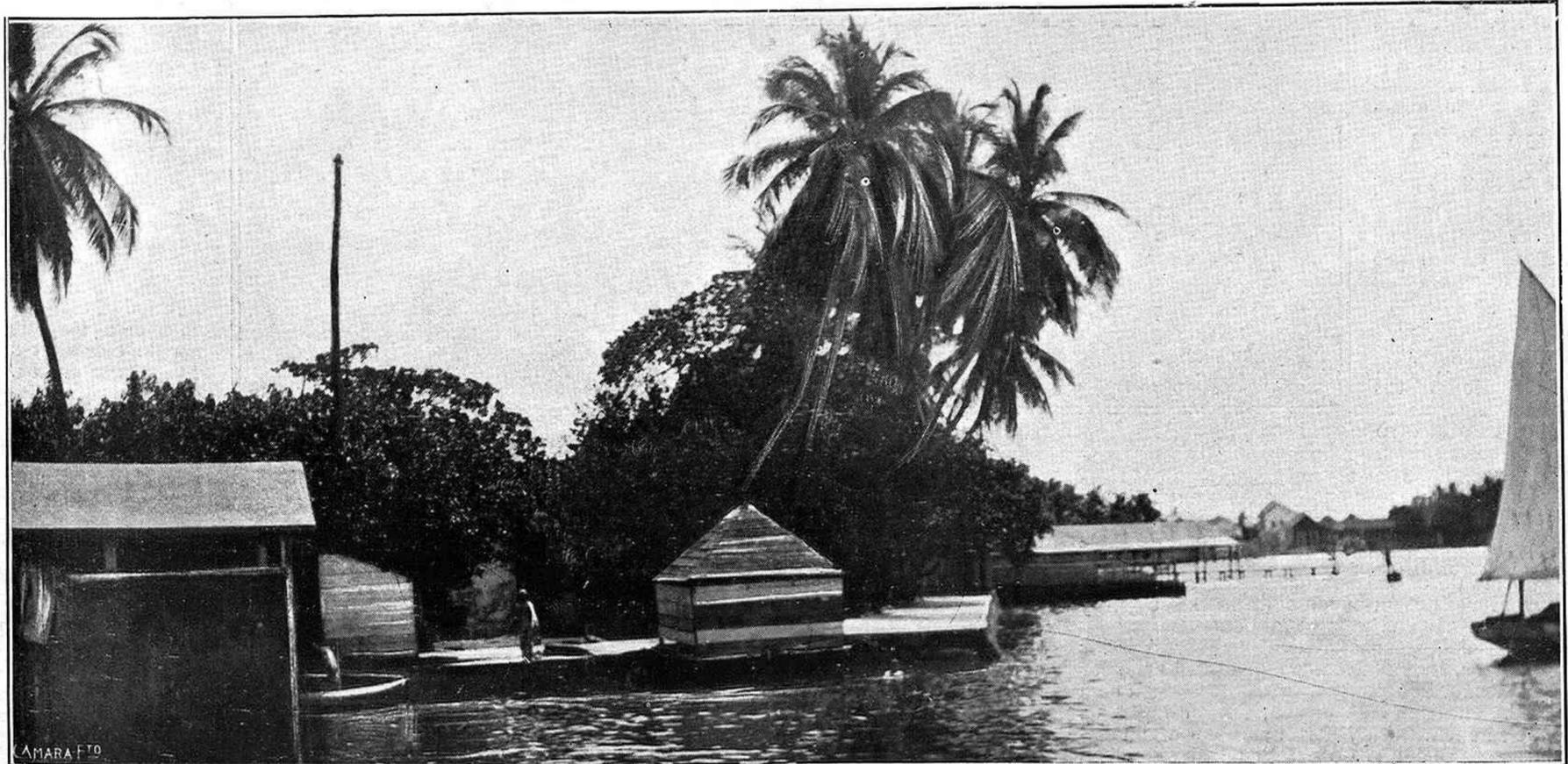
Misterioso relámpago. Faro sobrenatural.

Estamos, á orillas del lago, como dentro de dos valvas gigantes; la de abajo, el lago; la de arriba, el firmamento; y allá, en la lejanía, donde parece que se unen, la luz á intervalos, como un espejismo de nuestra conciencia. ¡Oh, si estas valvas se cerrasen, dejándonos en ellas aprisionados, á obscuras! Es tan limitada, tan corta esta luz... Pero, ¡es la luz! Y esto basta para que podamos percibir las obscuridad que nos rodea. Misterioso faro del Catatumbo, que brillas en el interior de cada ser, y nos orienta, como éste á los marinos en la noche; como éste al cual se vuelven mis ojos, iluminados de misterio, como ante un símbolo.

Cada relámpago es una conmoción del espíritu, una revelación del terrible misterio de la Naturaleza, un punto de contacto con lo sobrenatural.

El alma, asombrada ante este espectáculo, se pone á soñar...

VALENTÍN DE PEDRO



Una vista del lago de Maracaibo, desde donde se ve el Faro del Catatumbo

LOS PUERTOS ESPAÑOLES

EL GRAO DE VALENCIA

HABÉIS visto cosa más inquietante, más sugeridora que un puerto? Los diversos pueblos del mundo acuden con sus navíos á sugeriros la visión fantástica de su leyenda... No importa que sean distintos á como la imaginación los concibe; lo interesante es la poética ficción que el buque fondeado engendra en el pensamiento, mientras las aguas del puerto le acunan con maternal vaivén.

Ese polícromo cosmopolitismo posee una invencible fuerza sugeridora; pero aún es mayor el acicate inquietante de su verbo.

Los buques de los distintos países se os muestran cabeceantes, inquietos, nerviosos, ante vuestra pasiva expectación. Y os dicen: «Eh, tú, ambicioso arbitrario, ¿es cierto que te consume la fiebre del oro, que no descubres por ninguna parte? Salta á mi vientre generoso que te alumbrará de nuevo, en donde es oro el sol y las arenas... Soñador, soñador incorregible, el Oriente de tus poéticas perturbaciones está al otro lado de estas aguas, á pocas singladuras para mí; atrévete y se encenderá ante tus ojos el alucinante calidoscopio del pueblo mágico... ¿Qué esperas, aventurero? El aventurero no espera nunca, ni piensa, ni se prepara, ni elige. ¿Qué te importa de dónde soy ni á dónde te llevaré? El aventurero es el caudillo de lo imprevisto y yo soy el Azar que navega de bolina...»

Aparte de la característica peculiar á todos los puertos, se halla fácilmente otra, particular de cada uno. Los puertos españoles tienen bien definida su fisonomía propia, por el lugar en donde se encuentran y por el servicio á que singularmente se dedican ó en el cual se significan de los demás... Y unos recuerdan el triste trasiego del venero español hacia las tierras afri-



El puerto de Valencia

FOT. ARMENGOT

canas; otros, el noble anhelo emigratorio de los esforzados argonautas, y el fructífero resultado del tráfico industrial, y el pulmón por donde el pueblo recibe y desaloja lo que necesita y lo que le sobra para su vida.

A esta perspectiva pertenece el puerto valenciano. Es cierto que sobre la escollera levantina existe abocetado un pequeño paseo, con plantaciones floridas y rústicos asientos que invitan al reposo y á la contemplación. Es verdad que se adentra en el mar un pabelloncito dedicado, especialmente, á ratificarnos en el sabroso concepto que tenemos de los mariscos... Pacientes pescadores de caña pululan por los dormidos malecones y por los revueltos acantilados... ¿Para

de ellos fuese la caseta en donde se cobijasen, dan la sensación de ser la nidada de esas monstruosas machinas que se arrastran por el tendido de los carriles y que levantan pesos titánicos.

Ellas entonan la canción del trabajo y de la prosperidad frente al mar Mediterráneo, al mar latino; el de las aguas azules, el de los mansos vientos.

Frente á ese mar incomparable, que nos lo trajo todo, se abre el poema meridional, que es afanes en la tierra, zozobra en las aguas, pero, á la postre, riqueza, salud y felicidad en el pueblo levantino.

qué seguir? Todo lo que es anejo al heterogéneo panorama de un puerto lo hallaréis en el puerto de Valencia. Pero su característica es la que, pictóricamente, ofrece el simbólico *cuerno de la abundancia*, por el que asoman y se desbordan los más óptimos frutos de la tierra.

Es una hilera sin interrupción la de los vehiculos que llevan hasta el puerto el sudor, hecho fruto, del labrador valenciano. De la huerta al mar hay un fluyente reguero de oro, de miel y de perfumes.

Colocados los frutos en sus envases, se apilan bajo el tinglado protector de los muelles, que forman un semicírculo, como queriendo abarcar el puerto entero y apoderarse de él.

Al borde mismo del pretil de la dársena, las esbeltas grúas alijadoras alargan sus cuellos de jirafas hacia las barcasas, barloadas junto á los amarraderos de hierro, en espera de la ubérrima mercancía que han de trasladar á los grandes navíos.

Esas jirafas férrreas alineadas en semicírculo delante de los almacenes, como si cada uno

JULIO HOYOS

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



Bellísima Capilla Mayor de la Catedral de Valencia

FOT. GARCÍA

CAMARA FTD

PROBLEMAS AMERICANOS

Tres incidentes aislados, breves, decisivos, en que ha intervenido la eminente figura intelectual y moral del Dr. Américo Lugo, autor de la presente página americana, bastarían por sí solos para encarnar la biografía de un gran espíritu. El primero fué su discurso sobre Bienestar General, pronunciado en la IV Conferencia Panamericana en 1912, cuyo enorme éxito le imprimió carácter de cosa viva y útil á dicha Conferencia, según la expresión de toda la Prensa sudamericana. De aquel memorable discurso son las siguientes palabras: El programa de esta Conferencia carece de ideal. No corresponde al pensamiento ni á la aspiración actual del Continente. Las naciones constituidas, prósperas y ricas, buscan mercados; pero las que no lo están y son débiles y pobres, antes que mercados buscan paz, estabilidad y libertad. Yo no creo en la riqueza, sino en la virtud. El ideal es más necesario que el pan. Pensar una cosa y disimularla, deshonra la diplomacia. La sinceridad es el pudor de las naciones. Propongo, pues, que antes de pasar adelante en nuestros trabajos, se defina el carácter de la Comisión de «Bienestar General» y se precise su alcance. Siempre es conveniente definir. Si entra en nuestro programa todo lo que interesa verdadera y profundamente á la América; si preocupados no sólo con la obtención de recíprocas ventajas materiales, sino también con un alto afán desinteresado de bienestar moral, y se busca la solución pacífica del problema americano, entonces, señores, nuestra misión acrecerá en utilidad y grandeza.

Uno de los más autorizados diarios de Buenos Aires, sede de la Conferencia, dijo, á propósito de este discurso: «El Dr. Lugo, delegado de la República Dominicana, ha podido ser allí tan inoportuno y sin embargo tan elocuente como lo fuera en el célebre Congreso de París de 1875 aquel humilde delegado del reducido Reino de Cerdeña que se llamaba conde de Cavour, y plantó allí el primer jalón de la más brillante obra política de los modernos tiempos.»

El segundo de aquellos incidentes se produjo en Santo Domingo, hace muy poco: El capitán Snowden, jefe de los marinos yanquis que ocupaban militarmente el país, sometió al Dr. Lugo á un Consejo de Guerra con facultad para condenar á muerte sin apelación, según expresaba el ukase que lo constituía. Su delito consistía en haber publicado un artículo de índole jurídica en defensa de la independencia de su país. En medio de un bosque de bayonetas y ante los terribles jueces militares extranjeros, más terribles aún por ignorar el idioma del país, el eminente jurisconsulto limitó su defensa, que todos esperaban voluminosa y prolongada, á las siguientes palabras: No estoy en condiciones de defenderme, porque no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

Esas sencillas palabras tuvieron eco solemne y decisivo en el país, en las Antillas y en América, pues de Washington mismo desautorizaron al capitán yanqui investido por Woodrow Wilson con el carácter de supremo dictador en la República Dominicana.

El tercero de los citados incidentes es no sólo la creación, sino las activas actuaciones de la «Junta de Abstención Electoral» que desde el primer instante y con una valentía espontánea ha luchado por que el pueblo dominicano no haga ni el menor caso de las proclamas de los Presidentes yanquis Wilson y Harding convocando á elecciones en la República Dominicana, labor que ha dado todo el fruto que con ella perseguían el doctor Lugo que la preside y los patriotas que la constituyen.

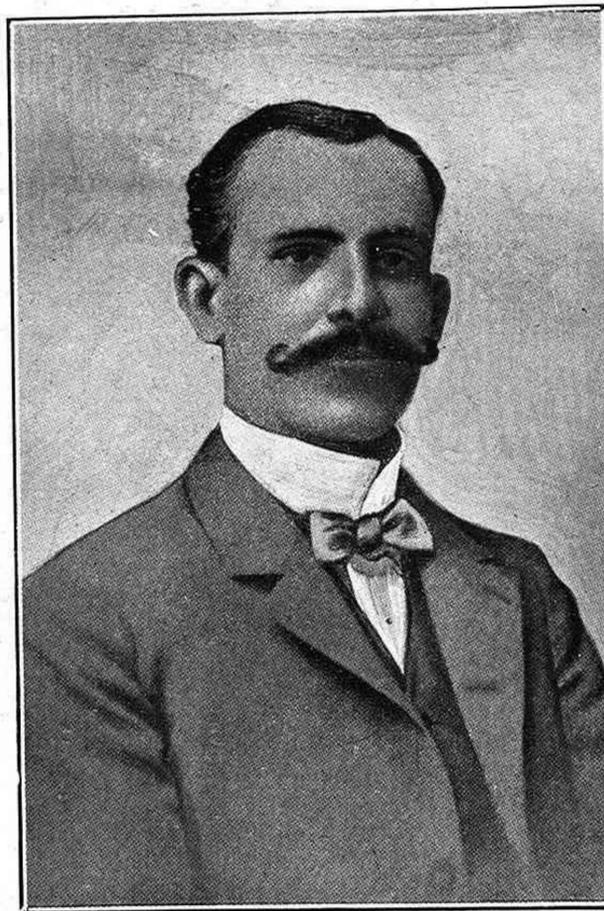
El Dr. Lugo, que es uno de los hombres más suaves y más cultos de toda América, ha encarnado en sí mismo la protesta más viril contra el monstruoso atropello de que ha sido víctima su país. No tuvieron los tiempos heroicos más impetuoso luchador.

Sólo que el nuevo trinitario dominicano no ha esgrimido más armas que las de su palabra y de su pluma, de valentía, de fuerza y de eficacia imponderables.

Asuntos de las Antillas

EN la edición del día 1.º de Enero de 1900 de *El Normalismo*, periódico que entonces dirigía en Santo Domingo don Enrique Deschamps, el insigne pensador Eugenio María de Hostos publicó un artículo de Sociología, intitulado *Civilización ó Muerte*, cuyo título repiten muchos, pero que muy pocos entendieron. De ese artículo son estas palabras proféticas: «No va á ser lecho de rosas en el que va á descansar la familia dominicana en este siglo. Va á tocarle un trabajo impropio de organización y un esfuerzo continuo de desviación... Felizmente para los pueblos débiles, las premisas de donde parte el siglo para su trabajo de cien años es el dominio puro y simple de la fuerza; de la fuerza hecha verdad por medio del principio terrible de la evolución; de la fuerza hecha poder por medio del principio de las grandes nacionalidades; de la fuerza hecha guerra por medio del tremendo principio de la supremacía de esa fuerza brutal... Esos tres horribles perturbadores de la vida del siglo XIX van á ser los constructores del siglo XX, y pese á quien pese, así será, como los que no sepan sacar partido de sí mismos para hacerse fuertes en verdad, en poder y en acometividad serán pueblos barridos ó absorbidos ó destruidos. Los dos pueblos que habitan esta hermosísima parte del Archipiélago de las Antillas, que no sueñen, que no dormiten, que no descansan. Su cabeza ha sido puesta á precio; ó se organizan para la civilización, ó la civilización los arrojará brutalmente en la zona de absorción que ya ha empezado.»

El señor Hostos, pues, ha señalado el peligro del imperialismo norteamericano, y al señalarlo ha dado también el consejo salvador, la norma de conducta internacional que los pueblos antillanos deben seguir para conservar su libertad.



DOCTOR AMÉRICO LUGO

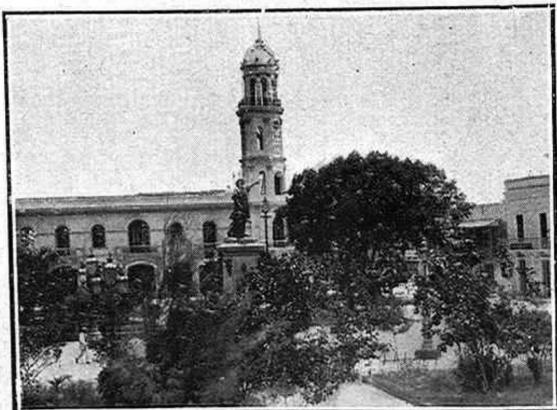
su independencia y su soberanía. Ese consejo, esa norma son los siguientes: *Hacer un esfuerzo continuo de desviación para evitar ser absorbidos por la fuerza hecha poder y erigida en principio por la gran nacionalidad que ha puesto á precio las cabezas de Haití y Santo Domingo, con el fin de arrojarlos en la zona de absorción que ya ha empezado.*

«La impetuosa corriente del imperialismo norteamericano amenaza cada vez más arrastrar consigo la independencia y soberanía de las Antillas.» *Hágase, pues, un esfuerzo supremo de desviación para impedirlo. Resistase con todas las fuerzas posibles la de esa corriente procelosa. Hemos visto anegarse y desaparecer en sus ondas á Puerto Rico, débil esquiife; á Cuba, galeón hermosísimo cargado de tesoros; á Nicaragua, que había resistido el abordaje de Walker;*

á Haití mismo, velera y segura nave de Toussaint, de Dessalines y Petión. Esa funesta corriente no ha podido dominar todavía la nave del Estado Dominicano; pero el oleaje barre su cubierta, crujen los mástiles y parece que el miedo hace su presa en la tripulación. Nunca como ahora cabe repetir á los dominicanos las palabras del Maestro: *No soñéis, no dormitéis, no descanséis: vuestra cabeza ha sido puesta á precio.*

Pero, ante todo, ¿qué son los Estados Unidos de Norteamérica? Los Estados Unidos de Norteamérica son un pueblo que no constituye una nación. «Los italianos fuimos nación cuando el Dante unificó nuestra lengua—dice el profesor Toniclo en su *Tratado de Economía Social*, publicado en 1911—; los Estados Unidos lo serán cuando los inmigrantes de cada raza hablen todos el anglosajón.» Rodó, el ilustre Rodó, se pregunta en *Ariel*: «¿Realizan los Estados Unidos ó tienden á realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple á las legítimas exigencias del espíritu, á la dignidad intelectual de nuestra civilización?..»

«La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer á una mediana concepción del destino humano... Es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego... Ni siquiera el egoísmo nacional, ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza pueden tener vislumbres de idealidad y hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el atonismo de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.»



Una vista de la Plaza de Colón (Santo Domingo)



Grupo de dominicanos en lo alto de la Puerta del Conde, en la que se dió el grito de Independencia



Puerta del Conde. — Una de las entradas de la ciudad de Santo Domingo, bastión de la época colonial, en la cual se proclamó la Independencia de la República Dominicana

«En el ambiente de la democracia de América —continúa Rodó— el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión... Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado en el enorme pueblo por una radical ineptitud de selección... Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica... No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma... Así el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura... Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos... Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empujear en los corazones el sentimiento del derecho. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena; además, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. La Naturaleza no les ha concedido el genio de la propagación ni la vocación apostólica; Carecen de ese don superior de *amabilidad*... Renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme...»

Veamos ahora qué es el imperialismo norteamericano. Jorge Campbell, en una obra curiosa, *The Greater United States of America*, publica-

da en 1904, después de afirmar que los Estados Unidos «desarrollarán un superior poder mundial que destruirá la monarquía y establecerá el gobierno republicano como gobierno del mundo bajo la dirección ó control de los más grandes Estados Unidos de América, los cuales dominarán probablemente toda la Tierra», pasa a exponer la razón de tal misión archiprovidencial. Los actuales reinos y monarquías europeas son los pies de hierro, piedra y arcilla de que habla la profecía de Daniel; pero, según ésta, Dios fabricará un reino que nunca será destruido y que desbaratará y consumirá todos los otros. Esta profecía se refiere a los Estados Unidos, porque piedra significa democracia. Los fenicios habían descubierto quince siglos antes de Cristo unas montañas que contenían mucho oro y plata, tres mil millas distantes. Los aztecas sucedieron a los fenicios y perecieron a manos de los españoles. Todo lo cual prueba la identidad de la Colonia americana con el Estado *phenicio*, su deudo. Porque aquí está la montaña de que la piedra ha de cortarse, y que Nabucodonosor contempló en su visión. Y si esto es verdad, el Gobierno americano extenderá su dominio hasta incluir no sólo Norte y Sudamérica (lo que ocurre ya prácticamente bajo la doctrina de Monroe) y las islas del mar, sino eventualmente el mundo entero. Porque la Escritura es verdad; este pueblo revelado ó profetizado debe llenar la tierra toda, y, en consecuencia, la política y natural expansión es su destino, y América, al extender su dominio, *está llevando adelante una profecía de la Biblia*.

A mayor abundamiento, Campbell presenta otras pruebas del destino manifiesto de los yanquis, tales como la *Liberty Bell*, única campana que tiene inscripto: «Proclama la libertad por toda la tierra»; la adopción del *Gold Standard* y el oportuno descubrimiento de las minas de oro de Alaska, California, Arizona, etc.; el nombre

Estados Unidos de América; el sello, con su *E pluribus unum*. Todo, para terminar diciendo: «No cabe apenas la menor duda que en los años venideros, si los americanos cumplen enteramente su deber, todas las banderas desaparecerán del Continente americano, excepto la de los Estados Unidos.» Tres banderas han desaparecido ya. Los fundamentales principios que hicieron del *trust* una necesidad en el mundo de los negocios se aplican con igual fuerza en el mundo político.

La persona individual ó la pequeña corporación no puede competir con éxito con el *trust* en la manufactura y venta de mercancías, y se ve por consiguiente compelida a unirse al *trust* ó fracasa en negocios y cae en bancarrota. El caso es precisamente el mismo con respecto del gobierno ó nación débil. Las pequeñas naciones tienen gran desventaja en el mundo de los negocios, comparadas con las grandes naciones, porque no pueden competir con las más poderosas en alta mar, por los mercados extranjeros; y eventualmente todas esas débiles repúblicas deben fracasar y parar en bancarrota, ó unirse a la nación más poderosa que pueda proporcionarles protección y prosperidad. Esta política significa la final absorción de esas pequeñas repúblicas por los Estados Unidos, porque en virtud de la Doctrina de Monroe no pueden ser absorbidas por ninguna de las monarquías, y deben unirse a la Gran República como la única alternativa para su propia protección, y aun para perpetuar su existencia como Estados republicanos. Estados Unidos de América es por tanto el nombre apropiado para la gran República Americana. Esta está no sólo calificada para gobernar el continente americano, sino que, como la antigua Roma, lo está para gobernar el mundo entero.

AMÉRICO LUGO

(Concluirá.)

EL PAÍS EN
UNA PLAZA

El hombre que se pasa la vida en la Puerta del Sol

NUNCA lo supo; cuando se quiso dar cuenta, ya se sintió hijo, substancia, sangre y jugo de la Puerta del Sol. En ella le amanecía, y á ella tornaba tan pronto le concedía su cuerpo el reposo preciso. Treinta y tantos años, día tras día, llevaba viviendo en ella. Era su hermana, su madre, y había acabado por ser su novia, su mujer, esa mujer con la que nunca se aburre el hombre, cuando tiene el talento y la gracia de seguir pareciendo siempre novia.

El sol de la Puerta del Sol le calentaba como ningún otro brasero en Diciembre; y al llegar la Primavera, aquella plaza, tan prócer en toda estación, componía y complicaba su juventud con los veinticinco mil alfileres de sus vértigos, reverberaciones y pleamares.

El hombre la había conocido mucho menos invadida que ahora, más romántica, con su gran fuente, donde la noche de San Juan reunía los luceros y las caras más anhelantes del año. Allí, unas veces en una esquina, otras en la opuesta, había vendido los «Motivos que tiene el hombre para no casarse»; la «Desesperación», de Espronceda; las «Aventuras de un pardillo en Madrid»; «El tren expreso», de Campoamor; allí había voceado, en Octubre, las «gomas para los paraguas», y en Abril, «Don Nicánor tocando el tambor»... Un mundo de novedades fué desfilando por su mano: la rata mecánica; Toribio, el que durante tantos meses de zumba embelesó porque «sacaba la lengua»; las primeras postales iluminadas; el llavero; el «bonito juego del ratón y el gato»; la goma para la cartera, y mil menudencias de éx to, que se hicieron populares, y saltaron hasta la revista teatral de quinientas representaciones... Después, dedicado á vendedor de diarios, toda la vida nacional, en sus gritos más agudos, pasó por su boca: las inundaciones de Murcia, la guerra de Melilla, el bólido, el eclipse, la guerra de Cuba, el tóxico, la «escuadra fantasma», el asesinato de Cánovas, la revolución portuguesa, el «Huerto del Francés», la «sesión histórica», el escándalo del Congreso, y la nueva «sesión histórica» y el nuevo escándalo del Congreso... Todo ello, actualidad candente, había abrasado sus labios; y aún, como eco de la bullanga nacional, arremansada en la Puerta del Sol, cada diez días pregonaba, desgañándose, ¡el «Suplemento con la Lista grande y el tercero en Madrid!»...

Sin moverse del inmenso embudo de la retorta cortesana, hechizo del vago y antaño campo de maniobras para el «descuidero», aquel hombre asistió á los espectáculos más salientes de la historia patria. Allí se vió más de una vez envuelto en la furia de una carga policiaca, en los días lúgubres, de efervescencia, en que enarenaban el piso; allí presenció la boda regia, con su fausto interminable y deslumbrador; allí el atentado, y la manifestación, y la retreta y la procesión, y el desfile de las tropas que iban por laureles y los grupos de demacrados que retornaban con calentura... Allí las tardes de más sol que nunca, cuando Belmonte y «Gallito» reproducían las divisiones de los lagartijistas y frascuelistas, de los del «Bomba» y del «Machaco»; allí las primeras calderitas de asfaltar, que arremolinaban á la gente, y la desaparición de los tranvías de mulas, y el tendido de los cables eléctricos, y el «auto», tirado á veces por una reata, y el salto al tejado de los letreros luminosos, y el encendedor mecánico, y las paralelas, y la pluma estilográfica y la garita del «Metro».

Treinta años de vida, de metamorfosis lenta y constante, casi inadvertida, á través de los inviernos que empujaban á la gente hacia los portales de las fotografías, y de los veranos, que llenaban los tranvías de lo «Bombi» y del Hipódromo.

El mismo no había llegado á darse cabal cuenta de que en la Puerta del Sol, mientras ella se remozaba y embellecía, él iba envejeciendo. En algunos detalles, sin embargo, tuvo forzosamente que detenerse para medir la marcha filante del tiempo. Verbigracia: las tropas que iban al relevo de Palacio, con su pasodoble de moda (¡cuantos pasodobles, también, renovados!). Ya



no llevaban el mismo uniforme. Incluso, de pronto, una vez recordó la banda de tambores, aquella doble hilera ancha de tambores, cuya aparición ensordecedora llenó de pasmo y de gusto al pueblo, tan noveladamente amigo de toda mudanza pintoresca. Ya tampoco muchos de aquellos folletos de perra gorda se vendían como antes. Los «pardillos» escaseaban; mejor dicho, en lugar de acudir en Mayo, excepcionalmente, no dejaban de venir todo el año, y ya no hacían caso de los lamentos del señor Espronceda, ni mercaban aquel discreto muñequito llamado «Don Genaro, saludando»... Otro tanto podía decirse de la venta de perros; nadie se acercaba en busca del falderillo que tiritaba entre la mano de su dueño. Madrid y el siglo evolucionaban, y, con ellos, la Puerta del Sol.

¡Con qué voluptuosidad la recorría en ocasiones, de extremo á extremo!... Su fisonomía, en general, había cambiado poco. Todo lo más, la mocita estaba hecha una mujer; emperifollada, con más orgullo, si se quiere, pero sin perder su gesto chulo ni su travesura del arroyo. Era la jarifa de todo el siglo, que conservaba la risilla nerviosa del Dos de Mayo, ya atrapada por los ojuelos de Goya. En las bocacalles resonaban con mayor impaciencia más campanas de tranvías y bocinas de «autos»; esto era casi toda la trans-

formación y avance. Pero las tertulias seguían en los puntos de costumbre; y el holgazán y el republicano, y el estudiante y el oficiala confundíanse entre la agitación crónica, que sólo cedía, remolonamente, de madrugada, cuando en torno de los dos amigos que se citan para el día siguiente revuela, testarudo é inapagable, el pregón del «Trece mil bonito...»

Mas, como el negocio iba de mal en peor, aquel hombre tuvo que someterse. Aún estaba en condiciones de ganarse la vida; era necesario trabajar. Los suyos, perdidos en otras barriadas extramuros, sólo aportaban por la Puerta del Sol en los días sonados: Nochebuena, Carnaval, fin de año. Y uno de sus conocidos, uno de los mil conocidos que tenía en la plaza, de verlos pasar por ella durante años y años, le proporcionó una colocación en el «Metro». Trabajo apacible: picar billetes. Reposo, sueldo decentito, uniforme pulcro, compañeros pulidos, profesión al amparo de los huracanes violentos y del resol africano. Una ganga, en fin, bajo tierra.

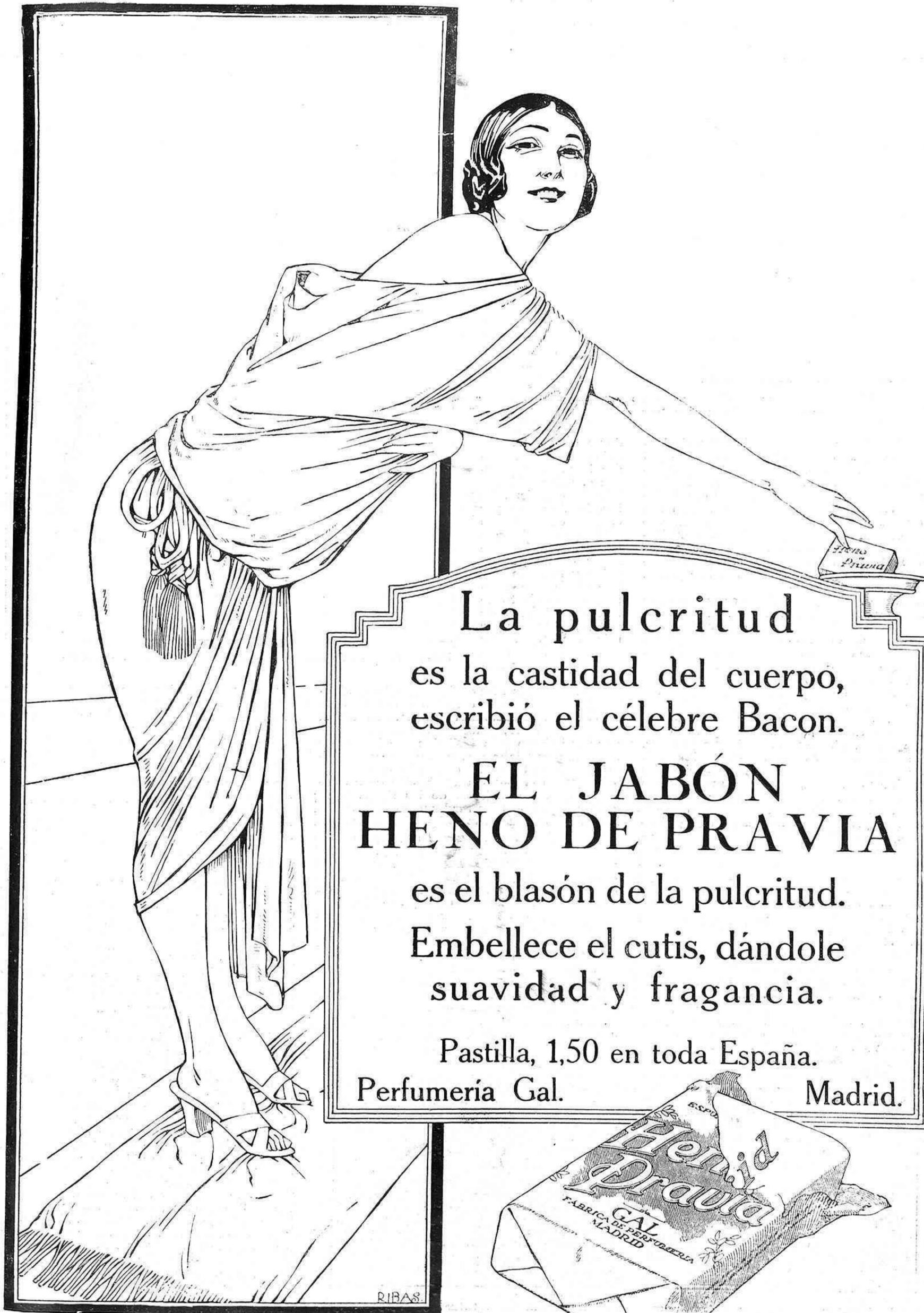
Aceptó, deslumbrado. Su boca, habituada al pregón, cerróse. Ya estaba en condiciones de desmenuzar eso menudo é indescriptible que se llama felicidad. El recogimiento, la limpieza de las galerías subterráneas, donde ahora cuchicheaba con los compañeros, le sedujo poderosamente. Como un monje, juzgó agrio é impuro el estrépiteo y la fiebre de allá arriba, de la Puerta del Sol...

Mas esto fué una sugestión pasajera, de la que no tardó en percatarse. Por la noche, al concluir su obligación y ascender á la plaza, la bocanada de ruido, tan familiar, le mareaba como un vino demasiado fuerte. Y sentía deseos irreprimibles de seguir en ella, de no marcharse nunca ya, de no volver á aquellas catacumbas, que, con estar debajo de la misma Puerta del Sol, parecían alejarse hasta el otro mundo. No estuvo en su mano el impedirlo: adelgazó, enflaqueció... Su pupila reclamaba la luz única, luz incomparable de la Puerta del Sol, que es la más remadrileña de los Madriles; su oído evocaba el rumor confuso é inconfundible de la Puerta del Sol, caro al ministro descentralizador y al extranjero atiborrado de prejuicios. Lo confesaba: su salud era la esquina de costumbre, aquella desde la cual, con un píropo, había alcanzado la esposa, y con un pregón había resuelto la vida. La bola, ahora dorada, del Ministerio, era como una cúpula donde se escondían para cantar el júbilo de vivir al aire libre sus muchos años de hombre de la Puerta del Sol.

Y todos los cuidados fueron inútiles. Perdía en peso y en humor. Hasta que renunció definitivamente al cargo, al uniforme, al reposo, al pali que en voz conventual. Y subió, ya para no dejarla, á «su» plaza, á la sonora, á la bullente, á la nunca vieja. Ahí le tenéis, en la esquina de siempre, con el pitillo colgando del labio, estoico, magnífico, más solemne que un hércules de Miguel Angel. Los tranvías pasan, y vuelven; él no se mueve. Los días se van y les suceden otros; él sigue allí, impassible. La gente se renueva, afluye, se desparrama, huye, pasa... El, sibarita y contento, no se mezcla jamás con nadie. La gorrilla le «sienta» como una corona, y el sol le protege como una bendición. Nadie pagamos nada por verle... Y eso que él solito constituye un espectáculo, y quién sabe si, por añadidura, un ejemplo.

E. RAMÍREZ ANGEL

FOT. DÍAZ

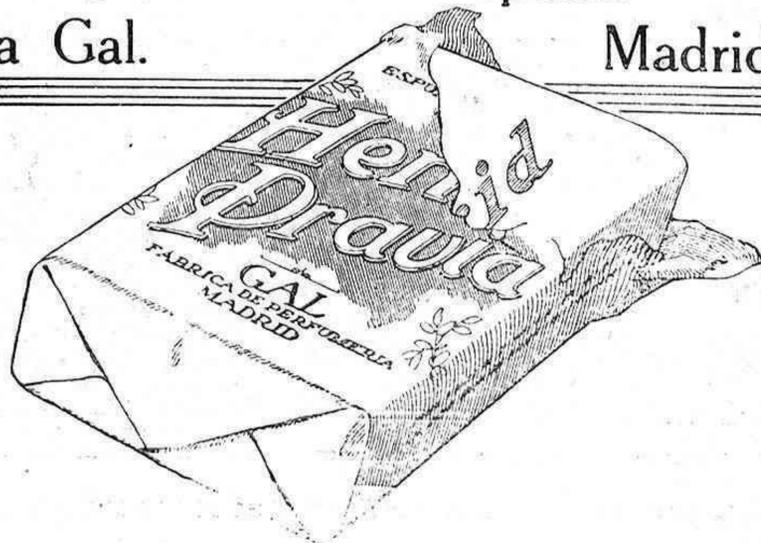


La pulcritud
es la castidad del cuerpo,
escribió el célebre Bacon.

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

es el blasón de la pulcritud.
Embellece el cutis, dándole
suavidad y fragancia.

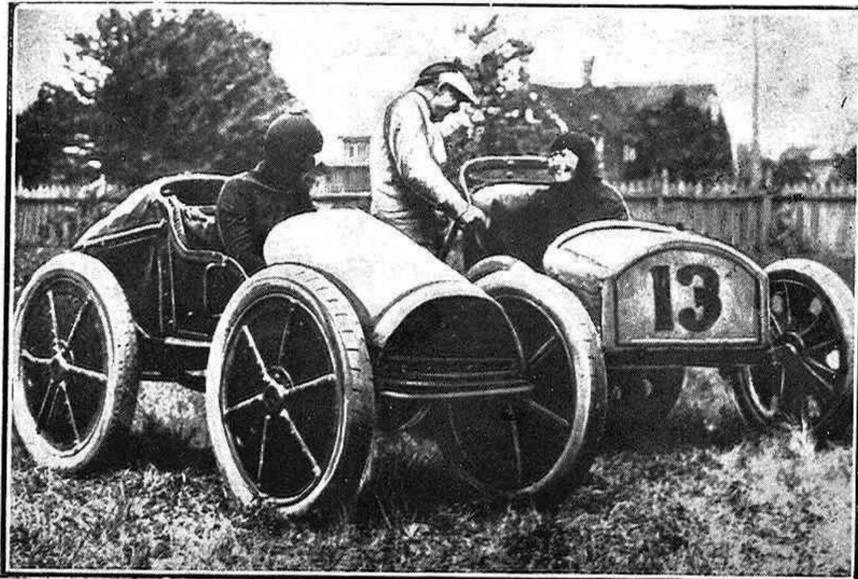
Pastilla, 1,50 en toda España.
Perfumería Gal. Madrid.



RIBAS

LA ATRACCIÓN DE LA MUERTE

UN ESPECTÁCULO SENSACIONAL



Las intrépidas artistas Peggy y Betty Gregg en los automóviles en que efectúan el arriesgadísimo ejercicio del «rizo aéreo»



Los dos automóviles que efectúan el «rizo aéreo» al ser lanzados por los rieles al espacio

ESA idea lamentable, por lo bárbara, de fundar el gran éxito de los espectáculos en el peligro á que se expone un semejante, ofreciendo á la malsana curiosidad del público á su inhumano afán de emociones, como el más incitante cebo, la posibilidad de la muerte, no es un estigma con que los pueblos que alardean de equilibrio mental pueden excluir de su consideración á los que sucumben á las vehemencias irreflexivas de su temperamento, como se obstinan en sostener los detractores de la española fiesta de toros.

Tan abominable por el riesgo en que se pone la vida de un hermano, como supremo aliciente para atraer espectadores, es este espectáculo como cualquiera de los que en otros países tienen el propio carácter, la misma razón é idéntica finalidad; y aun los pueblos que de mayor cultura alardean y de los que es frecuente afirmar que poseen un espíritu más sereno y un carácter más reposado, como Inglaterra, siéntense atraídos con un irresistible ardimiento, con un malsano frenesí, por una fiesta que, como la del pugilismo, excede en barbarie á la de toros.

Si se examina este curioso tema con la detención que merece, se obtendrá el convencimiento de que las naciones que alcanzaron un progreso moral y material de más alto nivel son precisamente las que se significan por la preferencia que sienten por esos espectáculos en que el peligro

de un semejante, que en la hazaña puede perder la vida, constituyen el único aliciente.

Todos esos ejercicios inverisímiles que por el riesgo en que ponen la vida del que los realiza tienen la virtud de llenar de un público ávido y numeroso los locales en que se ofrecen, son producto de esas imaginaciones que solemos tener por más flemáticas, por menos propicias á la exaltación y á la vehemencia.

Los funámbulos, los equilibristas, los acróbatas, los gimnastas que efectúan sus arriesgados ejercicios en condiciones tan peligrosas que el descuido más leve, la distracción más ligera, el desvanecimiento más insignificante le han de costar la vida fatalmente, lanzados por esos países recorren el mundo causando el asombro y atrayendo la malsana admiración de los públicos, que, á semejanza de las fieras, y sin duda por lo que todo ser humano tiene de los instintos irracionales, experimentan la extraña

y poderosa sugestión que la sangre ejerce. ¿Quién no recuerda aquel espectáculo californiano que se denominaba *rizar el rizo*, y que en la capital de España tuvo el singular privilegio de ofrecer la trágica emoción de la muerte de la joven y bella artista que lo realizaba?

¡La pobre Mina Alix!... Cayó con el automóvil en que daba la vuelta al fatal círculo, y ¡se destruyó el cráneo!...

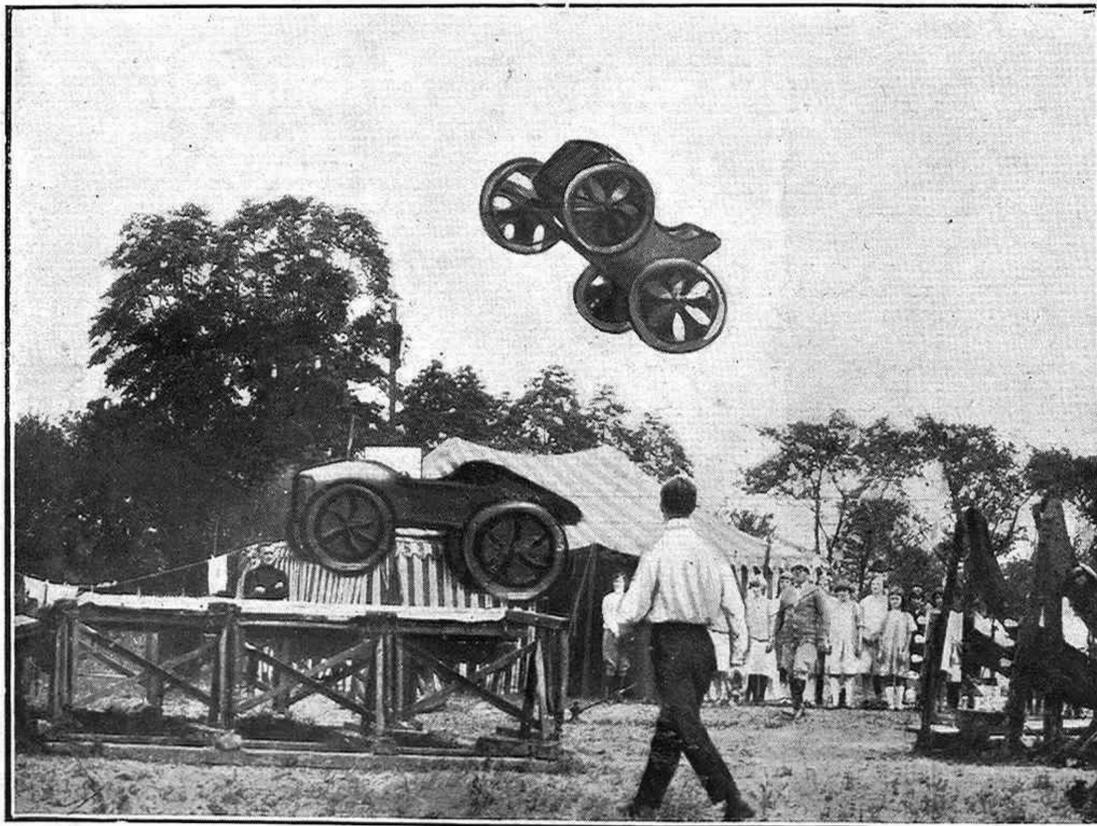
Parece que esta desgracia impediría intentar otros ejercicios semejantes en que la vida de un ser humano se pusiera en tan evidente riesgo.

No es así; otros muchos se han ideado, y ahora la funesta imaginación de uno de esos artistas del peligro, creadores de tan inverisímiles hazañas, ha discurrido otro ejercicio aún más emocionante, porque no sólo ofrece el riesgo, sino que lo duplica. Este sensacional ejercicio, que ya se ofrece al público en algunos países extranjeros, y que pronto vendrá á ofrecer su poderoso encanto á los que gustan en nuestra tierra de ver á sus semejantes en riesgo de muerte, no consiste sólo en rizar el rizo dentro de un automóvil que se lanza desde una altura enorme, como hasta aquí se había hecho.

Ahora son dos los automóviles que, uno tras otro y en vertiginosa carrera, recorren una vía de inverisímil pendiente, y que al final de ésta, por efecto de la velocidad, dan en el aire una vuelta, para caer sobre una tarima acolchonada que recibe su rudo golpe y lo hace deslizarse hasta el suelo por medio de una rampa.

Dos intrépidas señoritas llevan á efecto el ejercicio, que ha de producir una impresión calofriante, porque, sin duda, en el sexo débil es más frecuente hallar ese frío valor indispensable para poner en riesgo la vida una y otra vez con estoicismo heroico. Hasta ahora, el éxito del número ha sido excepcional, como corresponde á su riesgo, y las Empresas se disputan la sensacional atracción sin reparar en el precio, seguras de que han de obtener considerables ganancias.

En tanto que esas pobres mujeres, que sin duda para vivir no dudan en poner su vida en peligro, no sufren el fatal accidente, cuya posibilidad constituye el poderoso atractivo para los humanitarios espectadores.



Los dos automóviles en el momento de evolucionar en el espacio para caer sobre la tarima

FOTS. TRAMPUS

Conservas "ULECIA" Logroño (España)

HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de suscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á librerías y corresponsales.



URÉOL CHANTEAUD

54. Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Muy eficaz
CISTITIS, GOTA
REUMATISMO
Enfermedades de los
RÍÑONES y de la VESIGA



En Italia

¿QUIÉN no ha admirado más de una vez el rostro armonioso y perfilado de las italianas, con sus dientes blanquísimos y perfectos, que contribuyen a aumentar sus encantos?

Pues, todo eso se debe a la crema dentífrica Colgate, de la cual ellas hacen uso abundante y exclusivo.

La crema dentífrica Colgate, limpia sin dañar, y su delicado sabor y aroma deleitan el gusto y el olfato.

Buenos dientes Buena salud

La marca "Colgate", en artículos de perfumería, es garantía de pureza, buena calidad y honradez. Establecidos en 1806.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

¿Quiere usted enterarse de lo que es la Relatividad?

¿Quiere usted conocer estas teorías SIN ESFUERZOS, SIN DIFICULTADES, SIN CONOCIMIENTOS MATEMÁTICOS?

LEA USTED la obra de Vizuet

"Einstein y el Misterio de los Mundos"

La más comprensible para todos. La más clara, interesante y sugestiva de cuantas se han escrito sobre las ideas del famoso físico alemán, por su método explicativo y por las numerosas ilustraciones.

Pedidos á «Editorial Arte y Ciencia, C. A.» San Sebastián, 2, bajo, dcha., Madrid



UN SACERDOTE, el ABATE HAMON, posee recetas infalibles para el tratamiento de la Diabetes, Albuminuria, Riñones, Corazón, Hígado, Reumatismo, Anemia, Obesidad, Enteritis, Bronquitis, Estómago, Eczemas, Ulceras, Estreñimiento, Almorranas, etc.

Ningun régimen - Solamente plantas - Folleto gratis

Dirigirse a Laboratorios Botánicos, sección núm. 35

Ronda de San Pedro, 11, Barcelona; Delegación para Madrid solamente: Arrieta, 13, pral.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

REINE DES CRÉMES

Maravillosa Crema de Belleza

PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU - PARIS

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Agent pour l'Espagne: Jose Ros - 2 Cuesta Santo Domingo MADRID

MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA



Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia Havas. Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.

CAMION MARCA

«MAGIRUS»

40 HP., cuatro á cinco toneladas de carga útil, en magnífico estado, con sus correspondientes bandajes macizos, completamente nuevos

SE VENDE EN CONDICIONES DE

VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina
General Pardiñas, 15

TINTAS

LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 BARCELONA

Lea usted los miércoles
MUNDO GRÁFICO

REPRESENTANTES para ARTÍCULOS DE PROPAGANDA se necesitan en toda España. Escribid á "PROPAGANDA COMERCIAL", Aragón, 150.—Barcelona

La garantía de los relojes.

En la adquisición de relojes, el público debe tener presente que la seguridad de la marcha depende de la exactitud de sus piezas y su perfecto ajuste, y esto se obtiene con una experta técnica de fabricación. lo mismo en los de lujo que en los de modesto metal. Pero es preciso que esa seguridad se garantice al cliente mediante certificado.

Esto es lo que hace la Casa Coppel con todos los relojes que expende, á cada uno de los cuales acompaña certificado de garantía, cuyo facsímil se reproduce aquí. Este certificado da derecho al arreglo gratuito del reloj á que corresponda, siempre que se trate de un defecto de material ó de construcción.

Al cliente comprador le interesa, por lo tanto, no confundir las señas y tener la certeza de que el reloj procede de esta fábrica, para lo cual debe tener presente que los legítimos relojes de la acreditada marca **Coppel** sólo puede adquirirlos en provincias por nuestros agentes y viajeros que acrediten mediante documento su personalidad, y que en Madrid únicamente se venden en nuestro establecimiento

27, Fuencarral, 27



CARLOS COPPEL

FUENCARRAL, 27 MADRID